

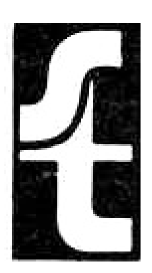
LOS NIÑOS DEL CEMENTERIO

CURTIS GARLAND

LOS NIÑOS DEL CEMENTERIO

CURTIS GARLAND

Colección
SELECCION TERROR n.° 238
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

Depósito legal: B. 26.208 1977
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: setiembre, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Paréts del Valles (N-152. Km 21.630)
Barcelona — 1977



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

233 — La muerte regaló cinco llaves, Ada Coretti
234 — Súplicas en la cripta, Ralph Barby
235 — Reto a Satanás, Kelltom McIntire
236 — El *diabólico doctor Kell, Clark Carrados*
237 — Maullidos en la noche, Ralph Barby

PROLOGO

El padre McKane se persignó.

Luego dirigió una última mirada al pequeño féretro blanco, que el sepulturero comentaba a tapar, en un silencio que solamente rompían los sollozos de la madre exasperada.

Otras personas de luto la arrancaron del féretro, tratando de consolarla en vano. Una racha de viento frío agitó las ropas negras de los asistentes. El padre McKane comenzó a orar en voz alta ante la fosa adonde era descendida la infortunada criatura.

Su voz resonó suave, apaciblemente, entre los árboles y las cruces del viejo cementerio derruido, donde pronto sería sepultado ya, en cuanto se inaugurase el nuevo, al otro lado del pueblo.

—Señor, acoge en tu seno a esta criatura, demasiado pronto, cuando apenas si había tenido tiempo de saber lo que era vivir en el mundo, nos ha abandonado para siempre, dejando aquí deudos y seres que le amaban, llorando hoy su partida definitiva. Pero recordad todos que, aunque el pequeño Oliver Atwill ha abandonado este mundo mortal, ahora espera, confiado y alegre, que las palabras del Salvador se hagan realidad y él pueda repetir con El: «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí vivirá eternamente...» Oliver Atwill, que tu fe de niño bueno en el Señor y en su infinita misericordia, te sirvan para ser acogido en el reino de los cielos, a la espera del día de la resurrección... Amén. Hizo una señal de la cruz sobre la tumba donde reposaba ya el blanco féretro pequeño, y sobre cuya madera caía sordamente el golpeteo de los terrones del suelo removido por la pala del sepulturero.

Allá arriba, sobre sus cabezas, se concretó súbitamente la tormenta, y una estría de luz lívida desgarró los nubarrones, en medio de un estruendo formidable. Allá, en alguna parte, no lejos del viejo cementerio, restalló la chispa eléctrica, comenzando a arder un árbol en la falda de la colina.

—¡Jesús! —exclamó una voz de mujer entre el cortejo fúnebre—. Mal presagio es ése...

El padre McKane no dijo nada. Se limitó a contemplar la llamarada en la madera vieja y reseca, mientras el tamborileo del trueno se perdía en la distancia, sin dejar de mover sus labios en una

oración. Sus manos pálidas y delgadas apretaban con fuerza las tapas de negra piel de los Evangelios.

El sepulturero, tras una mirada escéptica al cielo tempestuoso, se encogió de hombros y siguió echando tierra encima del ataúd.

Unos momentos más larde, comenzó a llover torrencialmente.

* * *

—Ha sido una noche de perros —comentó malhumorado el doctor Neil Baxter, sacudiendo el agua de su abrigo y sombrero, apenas entraron en la iglesia—. El pobre Oliver, ni siquiera tuvo suerte en eso.

—Estamos en invierno, doctor —le recordó suavemente el sacerdote—. Oscurece pronto y hay frecuentes tormentas en esta época del año, sobre todo aquí, en las regiones del norte del país. Tal vez si hubiéramos verificado ese entierro por la mañana, en vez de esperar a la tarde, todo hubiera sido distinto.

—Ya sé. Pretende culparme a mí, ¿no es cierto, padre?

—Yo no culpo a nadie de nada —suspiró el sacerdote—. Pero usted fue quien insistió en efectuar esa autopsia, doctor.

—Tenía que hacerla —sacudió su cabeza el doctor Baxter con desaliento, encaminándose a la sacristía junto con el padre McKane—. Compréndalo. Como médico de esta población soy responsable ante la ley y ante mi conciencia de todo cuanto afecte a la salud y a la vida de mis conciudadanos. La muerte del pequeño Oliver distaba mucho de estar clara. Mi deber profesional no podía admitir que firmase el certificado de defunción sin más trámites. Era preciso que supiera las causas verdaderas de su muerte, para certificarlas ante el juez.

—¿Y... las sabe ya? —preguntó suavemente el padre McKane, girando hacia el médico su rostro escéptico.

—Bien sabe usted que no —resopló malhumorado el médico—. Es algo que no logro entender. La autopsia debería habernos sacado de dudas. Sin embargo, no fue así. Tuve que certificar que, en efecto, el pequeño Oliver Atwill había muerto por ingestión de unas plantas venenosas silvestres, tal y como dijeron sus amiguitos, Randy y Abigail.

—¿Reveló la autopsia la presencia de ese veneno? —se interesó el padre McKane, paseando pensativo por su sobria y desnuda sacristía.

—Eso es lo raro: no reveló la presencia de un veneno mortal, sino simple y llanamente de una dosis de tóxico vegetal, propio de ciertas bayas silvestres muy conocidas en la región y que casi nadie se atreve a tocar por miedo a las convulsiones, fiebre y vómitos que provocan.

Pero que nunca he oído que pudieran provocar la muerte a nadie.

—Sin embargo...

—Sí, padre. Sin embargo, tenemos a Oliver muerto. Como médico, he certificado que el veneno habitual— mente leve de las bayas silvestres, debieron ocasionar un colapso, por deficiencia cardíaca del muchacho.

—¿Estaba enfermo del corazón ese niño, realmente?

—dudó el sacerdote, clavando sus azules ojos penetrantes en su interlocutor.

El rostro rubicundo y saludable del pelirrojo doctor Baxter, se desvió, como si no fuese capaz de soportar la mirada abierta del padre McKane.

—No lo sé —confesó francamente, encogiéndose de hombros—. Nunca visité a Oliver Atwill salvo para su sarampión, a los cinco años. No supe que tuviera lesión cardiaca alguna, ni insuficiencia de ningún tipo. Pero es evidente que, para que ese veneno hiciera un efecto letal, tenía que sufrir algún mal cardíaco, quizá no revelado de momento. No cabe otra explicación lógica, padre. Estoy seguro de que tuvo que ser así. El juez Hoggarty está también de acuerdo conmigo en ese punto. Por lo demás, yo... ¡Cielos, padre! ¡Mire ahí, a su espalda! ¡Esos rostros en la ventana...!

Con un estremecimiento, el padre McKane se volvió rápidamente hacia la ventana de la sacristía.

Vio los dos rostros pegados al cristal de la ventana, bajo el azote del aguacero.

* * *

—Vamos, vamos. Entrad de una vez y tomad algo caliente. Tengo caldo en el fuego. Lo calentaré en un momento. ¿Qué locura es ésa de permanecer así bajo la lluvia? Puede daros una pulmonía...

Los dos niños, silenciosos, ateridos de frío y con sus ropas empapadas de agua, se dejaron llevar dócilmente hasta una mesa, donde les acomodó el sacerdote, mientras el doctor Baxter se preocupaba de quitarles las prendas de abrigo, totalmente mojadas.

—Debería daros de azotes por hacer algo así, Randy —les reprendió benignamente el médico—. ¿Sabéis lo peligroso que es andar por la calle en una noche semejante? Hace mucho frío y llueve torrencialmente. Además, es muy tarde. Vuestros padres deberían controlaros mejor. Ya hablaré yo con ellos de todo esto.

—No, por favor, doctor Baxter —suplicó la niña—. No les diga nada a ellos. No saben que hemos salido de casa. Creen que ya estamos acostados Randy y yo...

—Muy bonito. De modo que os escapasteis de casa, sin decir nada a vuestros padres, fingiendo permanecer acostados. ¿Está eso bonito, Abigail?

—Doctor, no podíamos dormir... Pensábamos tanto en Oliver... Randy y yo parecimos ponernos de acuerdo. Yo le vi asomado a los cristales de su ventana. Nos miramos y bailamos fuera. Entonces no llovía tanto.

—Eso no disculpa vuestro comportamiento —reprendió el padre McKane, acercándose a ellos con dos tazas de humeante caldo de pollo —. Ahora tomad eso. Os confortará un poco. Luego el doctor y yo os llevaremos a vuestra casa. Pero debéis prometerme que nunca más repetiréis algo así, o en caso contrario revelaré a vuestros padres lo ocurrido. ¿Conforme?

—Conforme, padre —suspiró Randy, mirándole con sus grandes ojos oscuros, tristes y profundos—. Se lo prometo. En mi nombre, y en el de Abigail. No se repetirá.

—Está bien —sonrió el sacerdote, afable—. Bebed el caldo. Cuanto antes os reintegréis a vuestros dormitorios, tanto mejor. La noche amenaza con empeorar aún más.

—Pobre Oliver... Y ahora reposa bajo la tierra mojada y fría.

El doctor Baxter se estremeció. Cambió una mirada con el padre McKane, y luego contempló, sobrecogido, a la niña Abigail, rubia, pálida y sensitiva. Era ella quien había formulado aquellas simples y patéticas palabras.

—Sí, pequeña —susurró—. Así es. Pero no debes torturarte con esa idea. Más pronto o más tarde, todos tenemos que ir allí. Lo que cuentan es que el alma de Oliver estará en el cielo, y será feliz.

—Él sabía que iba a morir.

Fue Una afirmación rotunda. Sorprendentemente rotunda. El médico pestañeó. El padre McKane, ceñudo, dirigió su mirada a quien había hablado. Esta vez era el pequeño y pensativo Randy quien había formulado tan extraña aseveración.

—¿Qué dices? —murmuró el doctor—. ¿Oliver lo sabía?

—Sí. Nos lo dijo a Abigail y a mí.

—¿Él os dijo... que iba a morir?

—Eso es.

—¿Cuándo os lo dijo, Randy?

—Muchas veces —suspiró el niño—. Decía que tenía que suceder.

—Tenía que suceder... —repitió el sacerdote, desorientado—. ¿Eso decía él?

—Sí —afirmó Abigail—, Estaba muy seguro.

—Tal vez... se suicidó —aventuró el doctor Baxter mirando al sacerdote.

—¿Oliver? No, Dios mío, no creo. No quiero creer nada así.

—Seguramente bromeaba —comentó el médico dirigiéndose a los niños—. Eso es: bromeaba. Oliver siempre fue un niño algo raro, dado a bromas extrañas.

—No bromeaba —negó Randy—, No parecía asustado cuando decía eso. Aseguraba que no moriría como los demás. Que volvería con nosotros...

Esta vez fue el padre McKane quien se estremeció ostensiblemente. Sus ojos revelaron por un instante una expresión de auténtico horror. Contempló a los niños, por un momento, como si fuese a decir algo, al tiempo que su mano se oprimía con fuerza sobre el pecho.

Pero no llegó a despegar los labios. Randy y Abigail estaban demasiado absortos en consumir el caldo, y ni siquiera parecían haber concedido mayor importancia a su oscuro y siniestro comentario.

El doctor Baxter tomó por un brazo al religioso, y tiró de él hacía un alejado rincón de la sacristía, mientras los dos pequeños entraban en calor gracias a la confortable bebida caliente de sus tazas. La lluvia azotaba con fuerza los cristales de la ventana, y de vez en cuando, un fulgor cárdeno rasgaba el negro cielo, acompañado por el sordo tamborileo del trueno.

—Es posible que estén fantaseando, padre —comentó el médico —. Pero todo eso me suena muy raro.

—Y a mí —suspiró el religioso, pensativo—. Tal vez sean simples fantasías, como usted dijo. O bien el infortunado Oliver era un niño muy imaginativo y se inventó cosas así, para impresionar a sus amiguitos. De todos modos, no son cosas que deban decir los niños, doctor. Tienen algo... malsano. Será mejor que se les haga olvidar eso cuanto antes. Ya ha visto que, tras el funeral, esta noche han hecho algo que no debieran, y que puede poner en peligro sus vidas, sus cuerpos. Aunque a mí, en estos momentos, hay algo más que me preocupa.

—¿Qué es, padre?

—Sus almas —el padre McKane introdujo sus útiles religiosos del ceremonial fúnebre en el armario destinado a guardar las pertenencias de su ministerio.

—Las almas... —el doctor Baxter arrugó el ceño—. Yo soy médico de cuerpos, no de almas, padre McKane. Me inquieta que su salud se quebrante en una noche así, a la intemperie. Pero ¿qué peligro pueden correr sus almas, en todo caso?

—No lo sé —el sacerdote cerró el armario y se acercó al médico —. Estaba pensando en Peter Wilding, doctor.

—¿El maestro? ¿Por qué en él? Ha muerto...

—Por eso mismo. Peter Wilding era el maestro de escuela. Oliver

era alumno suyo. También lo eran Randy y Abigail.

—¿Y qué? Resulta lógico, ¿no? En este pueblo sólo hay un maestro y una escuela. ¿Quién, si no, daría lecciones a los niños de la localidad? Ahora estamos esperando al nuevo maestro. Vendrá de Birmingham esta misma semana…

—Lo sé. Pero yo pienso en Peter Wilding. De repente se me ha ocurrido que su muerte fue algo… extraña. ¿No la recuerda usted, doctor Baxter?

—Sí, creo que sí —arrugó el ceño el médico, evocando lo que mencionaba su interlocutor—. Sufrió un repentino ataque cardíaco, una angina de pecho… Estaba enfermo últimamente. No hubo nada raro en ello, creo yo.

—Como usted dice, doctor, es usted el médico de cuerpos, no yo. Pero hubo algo insólito en la muerte del maestro Wilding.

—¿Qué ve usted de insólito en que un hombre que padece del corazón termine muriendo por causa de él?

—No es eso lo que me intriga, doctor. Es lo que sucedió previamente, ¿recuerda?

—¿Lo que… sucedió? —el doctor Baxter enarcó las cejas con aire perplejo, mirándole indeciso, sin saber qué era lo que quería decir exactamente el sacerdote—. Temo no entenderle bien, padre…

—Fue la víspera de la muerte de Peter Wilding. Recuerdo que el maestro vino a verme entonces a la parroquia, sumamente alterado. Parecía como si hubiera visto al diablo. Me dijo que estaba muy preocupado. Más que eso: asustado. Algunos de sus alumnos tenían un comportamiento extraño desde hacía algún tiempo, y había tratado de indagar las causas de ello. Le pregunté a qué clase de comportamiento llamaba él «extraño». Y su explicación no fue muy clara ni muy concreta. Aludió a frecuentes ausencias de esos alumnos, siempre injustificadas, y en determinadas lechas del mes. Le objeté que hacer «novillos» es algo que todos hemos deseado llevar a cabo en nuestra niñez, sin que ello denote anormalidad alguna. Peter Wilding me replicó que no eran exactamente «novillos» lo que ellos nacían, y que lo que realmente le inquietaba es el lugar al que los niños se encaminaban cuando faltaban a clase. Acababa de sorprenderles saliendo de allí, como si hubieran estado jugando a algo, con una sonrisa extraña y malévola en sus labios.

—Es una historia bastante ridícula, padre McKane comentó el médico con escepticismo—, ¿En qué lugar estaban jugando los muchachos cuando les sorprendió el maestro Wilding?

—En el cementerio, doctor.

—El cementerio…

—Sí. Este mismo cementerio, doctor Baxter —asintió el padre McKane, deteniéndose al lado de las tapias del viejo camposanto,

justamente cuando las primeras luces de un día nuboso y triste asomaban por detrás de las chimeneas y tejados de las rojas casas de ladrillos de Scunthorpe, en el noroeste de Inglaterra—. El que va a ser clausurado en breve, apenas se terminen las obras del nuevo. El cementerio donde ayer fue sepultado Oliver Atwill.

—¿Qué tiene que ver Oliver Atwill con... con todo eso?

—Él era uno de los niños que faltaban a clase y venían a Jugar al cementerio. Me lo refirió así el maestro Wilding. Y al día siguiente de su visita a la iglesia, estaba muerto. Aquella misma noche sufrió el ataque mortal. Extraño, ¿no?

—¿Por qué había de serlo? Tal vez el asunto le agitó demasiado, y la excitación es mala para un enfermo del corazón, estoy conforme. Pero de eso a ver nada raro...

Doctor, el maestro Wilding me había prometido volver a la iglesia, para relatarme algo más que no sabía si contarme, y que debía reflexionar previamente, con serenidad, para tomar una decisión. Según él, era una confidencia seria, bastante grave a su juicio. Nunca llegó a hacérmela. La muerte se lo impidió.

—Simple casualidad, supongo —el doctor Baxter se encogió de hombros, clavando sus ojos meditativos en las cercas medio derruidas, desconchadas en todas partes, del vetusto cementerio—. No logro entenderlo. Los niños ahí dentro, jugando... ¿Le dijo Wilding quiénes eran los otros niños que venían con Oliver aquí?

—Sí, doctor —el padre McKane empujó la chirriante puerta de hierro oxidado que daba acceso al camposanto, al tiempo que refería —: Randy O'Neil y Abigail Carter.

—Los dos...

—Eso es: los dos vecinitos que anoche recogimos bajo la lluvia, y que hablaron extrañamente sobre su amiguito Oliver... Venga, quiero confirmar algo.

—¿Confirmar el qué?

—No lo sé a ciencia cierta. Pero, como el maestro Wilding, siento cierto miedo...

El doctor Baxter, perplejo, siguió al sacerdote al interior del cementerio. Caminaron por el suelo enfangado, entre viejas lápidas y cruces ladeadas. Llegaron finalmente al lugar donde la tarde anterior fuera enterrado Oliver Atwill.

—Mire, doctor —dijo roncamente el sacerdote, señalando la tumba— Lo que me temía...

Atónito, el médico de Scunthorpe, contempló el montículo de tierra bajo el cual había sido depositado el féretro del pequeño Oliver.

Ahora la tumba aparecía abierta, la tierra a un lado. No había el menor rastro del sepultado, dentro del abierto féretro blanco. De la tapa de éste había sido rabiosamente arrancada, con astillas de

madera, la cruz de metal que lo adornaba. Igualmente, alguien había roto brutalmente la cruz de mármol que señalaba la sepultura, escribiendo luego sobre los fragmentos de la misma obscenas palabras con una tinta rojo oscura que se parecía extraordinariamente a la sangre…

CAPÍTULO PRIMERO

Scunthorpe.

Ya estaba en su lugar de destino. El tablón colgado del destartalado andén Ferroviario le reveló a Jason Lee que había llegado al final de su viaje.

Por si ello fuera poco, la suave voz le confirmó ese extremo momentos después:

—¿Señor Jason Lee, de Birmingham?

Se volvió. Asintió, sonriente.

—Sí, yo mismo... ¿Y usted, señorita?

—Standish. Pamela Standish. Mis amigos me llaman Pamela. O Pam. Me gusta más Pam.

—Bien, Pam —sonrió más ampliamente Jason, extendiendo su mano abierta hacia la joven que le aguardaba en el andén—. Yo, para los amigos, soy simplemente Jason. Encantado de conocerla.

—Igualmente, Jason —ella movió su pelirroja cabecita con un encanto indudable—. Vamos, si quiere. Esta estación es inhóspita y fría en invierno. Todo Scunthorpe lo es. El Mar del Norte está lo suficientemente revea para mandarnos sus vientos más fríos y húmedos. Y el río se encarga de proporcionarnos niebla y frío paro completar un clima de auténtico paraíso.

—No me está pintando demasiado bien mi futuro lugar de residencia —se echó a reír el joven viajero, tomando sus dos maletas sin permitir que la muchacha le ayudase—. ¿Dista mucho el centro urbano de aquí?

—No mucho —señaló ella hacia unas colinas próximas, cuyas laderas aparecían salpicadas de casitas rojas con tejados empinados y las inconfundibles hileras de chimeneas de las viviendas provincianas inglesas, entre césped y arbustos de jardines, huertos y pequeños parques—. Basta tomar ese camino, y recorrer media milla. Pero es un sendero incómodo. He traído un carruaje para que no se lleve peor impresión de Scunthorpe de la que tendrá más tarde ocasión de llevarse, amigo mío. Nos espera allí, venga.

Siguió el alto y arrogante joven de macferlan gris oscuro, a la muchacha de cabellos rojos, cuyo esbelto cuerpo cubría una capa azul, con capucha bajada. Mientras alcanzaban el calesín detenido a un lado del sendero, Jason Lee se dijo que los verdes ojos de la joven y sus

labios gordezuelos resultaban sumamente atractivos. Lo bastante para borrar cualquier lea impresión que pudiera producirle la población de Scunthorpe.

Subieron ambos al carruaje. Pamela se negó a que él condujese, alegando que ella conocía el camino, y también a la cabalgadura de tiro, que era suya. Jason tuvo que admitir esas condiciones. La muchacha resultaba tan bonita como decidida y enérgica en sus decisiones. No era fácil discutir con ella. Al menos en ese sentido.

Así que depositó las maletas en la parte posterior y se acomodó en el pescante, junto a ella, viendo cómo la muchacha empuñaba las riendas y hacía partir a buen trote al caballo de tiro, dejando atrás la solitaria estación de Scunthorpe, de la que ya el tren de Birmingham partía con un largo y lastimero silbido.

Ella tuvo razón. No estaban muy lejos del pueblo. Poco después las primeras edificaciones de Scunthorpe aparecían ante ellos. Eran, en su mayoría, casas de oscuros ladrillos, algunas con los marcos de puertas y ventanas silueteados en blanco, para dar mayor luminosidad, tal vez, al sombrío aspecto de la población, típicamente norteña.

Cruzaron el puente sobre el curso del río Trent, que lamía los límites urbanos del lugar, y entraron en la población propiamente dicha. Algunas tiendas, con sus escaparates en forma de miradores, saliendo de la fachada, mostraban sus mercancías a unos peatones premurosos y desinteresados, que ni siquiera dirigían una mirada a los establecimientos locales.

—No parece un lugar divertido, ciertamente —comentó entre dientes Jason.

—No lo es —suspiró ella, sacudiendo la cabeza con desaliento—. ¿Lo es Birmingham?

—Tampoco —respiró hondo Jason Lee—. Es una fea ciudad industrial, pero allí también necesitan maestros para los hijos de los trabajadores. Me costó convencerles para que me permitieran venir, dándome la baja en la Escuela Central.

—¿Y por qué lo hizo? Imagino que allí tendría más oportunidades un hombre joven, como usted, en la carrera de Magisterio…

—Quizá sí. Pero me gustan las cosas difíciles, y los pueblos de menor importancia siempre lo son. Así se curte uno, y llega a perfeccionarse. El dinero o las oportunidades de prosperar son lo de menos, aunque en este caso salga ganando algo en mi salario. La oferta del alcalde de Scunthorpe, el señor Simmons, fue realmente atractiva. Pero le repito que, para un maestro que ame su profesión, lo ideal es llegar a ser un buen educador, un hombre que sepa sacar de sus alumnos el máximo provecho posible.

—Al señor Simmons también le preocupa eso —dijo la joven—. Por eso se mostró generoso en la oferta, para solicitar un maestro. Me alegra que sea un hombre joven. El anterior, el señor Wilding, tenía ya casi sesenta años. No abundan los jóvenes en Scunthorpe. La mayoría se van a trabajar a Leeds o a Manchester. Aquí hay poca industria y escaso comercio. Se vive de las conservas pesqueras y de la agricultura. Pero eso no basta.

Cruzaron una graciosa plazoleta con jardines en su centro, donde se alzaban el edificio de la iglesia, el Ayuntamiento y otro edificio alargado que, como Jason imaginó, era el de la escuela. Pamela Standish se lo explicó así, al tiempo que añadía:

—Pero ahora no va a ver nada ni a nadie. Estará cansado del viaje. Le conduzco a su alojamiento.

—¿Mi alojamiento? —enarcó las cejas Jason—. Esperaba elegirlo yo mismo. Alguna fonda, un hotel, mientras encuentro un sitio donde alojarme yo solo...

—Nada de eso —cortó Pamela con energía—. Está decidido. Usted se viene a casa.

—¿A casa? ¿A qué casa? —se sorprendió el joven.

—A la mía. Es decir, a la de mi madre, la señora Claire Standish, viuda de Vincent Standish. Así lo dispuso el señor Simmons, el alcalde, y así se hará. Siempre que usted no lo rechace, claro está.

—Parece difícil rechazar algo que usted diga —rió Jason de buena gana.

—Perdone —le miró, frenando algo la marcha del carruaje—. Creo que a veces soy demasiado impulsiva, y doy por hecho que todo el mundo ha de pensar igual que yo. Existe una fonda en Scunthorpe. No es muy buena ni muy confortable, se come bastante mal, pero es céntrica. Puedo llevarle ahora y...

—No, no —rechazó el joven con buen humor—. Usted ya tenía hechos sus planes para mí, ¿no es cierto? Y si esos planes cuentan con la aprobación del señor Simmons, que es quien me paga, tanto mejor. Vamos allá, Pam. Adonde usted diga.

—Gracias —los verdes ojos le brillaron, animosos—. Le gustará nuestra casa. Mamá es una persona encantadora. Y Aline no molesta nunca. Es muy educada y seria.

—¿Aline?

—Mi hermana menor —sonrió dulcemente Pamela—, Será una de sus alumnas. Pero desgraciadamente, no de las mejores. Es muy distraída y soñadora, sobre todo en la escuela. El señor Wilding ya nos había traído varias quejas al respecto.

—Trataremos de que se sienta a gusto en la escuela, sin forzarle a ser de otro modo al suyo propio —garantizó el joven Lee cordialmente —. ¿Tienen ustedes pensión acaso?

—No, nada de eso —pareció algo ofendida la muchacha por semejante posibilidad—. Mamá nunca admite huéspedes, salvo cuando llegó el padre Philip McKane, un escocés comprensivo y afable, un excelente sacerdote católico. Aquí casi todos somos católicos, ¿sabe? ¿Usted lo es también?

—Sí —asintió Jason, tocando mecánicamente la pequeña cruz de plata que llevaba bajo su camisa, colgando del cuello por una cadenita —. Lo soy.

—Pues bien: mamá tiene una habitación sobrante, y no le molesta, admitir a ciertas personas honorables durante algún tiempo. Es buena cocinera y no se mete en las costumbres y hábitos del huésped. Hasta que encuentre otro sitio mejor, donde vivir solo, puede permanecer en casa. Pagará la tercera parte que en la fonda y vivirá mucho mejor, esté seguro.

—Diciéndolo usted, ni siquiera se me ocurre ponerlo en duda — rió de buena gana Jason.

Ella se echó a reír también, y el carruaje terminó su marcha en una calle céntrica de Scunthorpe, ante una verja y tres escalones que conducían a la puerta del edificio de rojos ladrillos, alegres cortinas floreadas en las ventanas, y blanca puerta esmaltada, con un llamador dorado, impecablemente lustroso.

—Adelante, Jason —invitó la muchacha, llegando a la puerta y dando al llamador dos veces—. Bien venido a su nueva casa...

Jason sonrió, sacudiendo la cabeza. Tomó sus maletas, y se encaminó a la puerta de la vivienda, justamente cuando ésta se abría y una dama de singular parecido con Pamela, aunque doblándola posiblemente en años, asomaba para darles la bienvenida.

Pero Jason Lee no fue a eso a lo que prestó atención mayor, pese al porte distinguido y arrogante de la dama y a lo delicado y amable de su rostro, sino a una ventana situada en la planta baja.

Alguien había levantado ligeramente la cortina. Un rostro se pegaba al vidrio, y unos ojos se clavaban en Jason insistentemente. El joven maestro miró hacia allá. Se encontró con el rostro pálido y ovalado de una niña pelirroja, de largos cabellos sueltos, posiblemente no mayor de los diez años.

¿Fue imaginación suya, o la niña, en vez de curiosidad, revelaba en su bonito rostro infantil una especie de fría mueca, una rara sonrisa que tenía mucho de maligna?

Cuando quiso comprobarlo, la cortina había caído ya, y el rostro infantil no estaba allí.

Naturalmente. Jason Lee se dijo que no sólo Aline Standish era imaginativa allí. Él había empezado a serlo también, tal vez influido por el triste ambiente de aquella ciudad norteña. No podía tener otra explicación que hubiera creído ver en la faz de la niña una expresión

tan malvada.

* * *

—Esperamos que su estancia en Scunthorpe sea lo más grata posible, señor Lee —la mano del alcalde Duncan Simmons estrechó con calor la del joven maestro llegado de Birmingham.

—Gracias, señor Simmons —respondió Lee, cortés—. Así lo espero yo también. Y confío en que la escuela siga funcionando con normalidad, y ustedes no echen de menos al anterior maestro. Sería mejor prueba de que he acertado en mi cometido.

—Bueno, el pobre señor Wilding era un poco chapado a la antigua —intervino el doctor Baxter, presente en la recepción oficial que las autoridades locales daban en estos momentos al nuevo maestro, en el recinto del Ayuntamiento—. Quiero decir que no estaba adaptado a las nuevas normas de la enseñanza. Imagino que su caso, dada su edad y su origen londinense, resultará muy distinto.

—Tengo mis propios métodos —admitió Lee—. Ni revolucionarios, ni de simple rutina. Trato de amoldar mi tarea a la mentalidad actual de los niños. Sería ridículo que en plena era victoriana, se nos ocurriera enseñar a los muchachos como en tiempos de los Hannover, pongamos por caso. Pero eso no significa romper con todos los moldes caprichosamente. Procuro mantenerme en el justo medio. Moldear las mentes infantiles es tarea muy delicada, ustedes lo saben.

—Me gusta su modo de hablar —dijo el padre McKane con tono enérgico—. Soy un sacerdote nada puritano, señor Lee. Me gusta que la religión y la moral sean vistas como algo mucho menos severo y rígido que en el pasado, y creo que la fe y las buenas costumbres no se pueden implantar jamás mediante el castigo o la amenaza. A Dios se le debe amar, no temer. Esas ideas, en mi pueblo de Escocia, me valieron de algunas enemistades entre otros sacerdotes más intransigentes, pero la experiencia me ha enseñado que estoy en lo cierto. Los tiempos cambian, y con ellos las personas. Los métodos nunca pueden ser los mismos. Espero y confío, por tanto, en que haya sido un acierto contratarle a usted, mi joven amigo.

—Gracias, padre —sonrió Jason, mirándole con simpatía—. Yo también confío en ello, y sé que usted me ayudará, si alguna vez no sé encontrar el mejor camino para todos.

—Ahora dejen la charla, caballeros —anunció el alcalde con solemnidad—. He dispuesto un excelente oporto, y creo que ha llegado el momento de hacerle los honores, ¿no les parece? Brindaremos por el éxito de nuestro joven maestro… y porque se

sienta entre nosotros como un ciudadano más, y no como un extraño.

Pasaron a un pequeño gabinete del City Hall, donde Simmons había dispuesto una mesa con copas, unas botellas de buen oporto, y algunas pastas. La reunión continuó cordialmente.

También estaban presentes, como personalidades locales, el juez, el honorable Edmond Hoggarty y el jefe de la policía de Scunthorpe, Howard Parrish. Junto con el doctor Baxter y el alcalde Simmons, así como el padre McKane como ministro del Señor, eran las llamadas «fuerzas vivas» de Scunthorpe y, como tales, debían dar su bienvenida a una nueva personalidad local como, sin duda, sería en el futuro el joven Jason Lee, si se sabía ganar el respeto de sus alumnos y la aprobación de sus métodos, por parte de las familias locales.

La primera impresión respecto al joven Jason, parecía totalmente favorable a él, y ello se advertía claramente en la expresión risueña y optimista de la mayoría de los presentes.

Cuando se brindó con el excelente oporto, por un futuro inmejorable para el nuevo maestro y sus alumnos, fue el padre McKane quien expuso la más inconcreta e intrigante de todas las observaciones allí formuladas durante la recepción:

—Que Dios le ayude en su tarea, señor Lee... y que muy pronto hayamos podido olvidar al señor Wilding, su muerte y todo cuanto la rodeó. Así sea.

Bebió lentamente un sorbo de oporto. Sin aclarar sus palabras. Jason observó que algunos de los presentes, como el alcalde Simmons y el doctor Baxter, cambiaban una rápida mirada de inquietud. El jefe de policía Parrish, y el juez Hoggarty, tuvieron una sospechosa tos repentina, que al último casi le atragantó el buen vino.

Lee hubiera querido hacer preguntas. Pero nadie le miraba. Todos probaban de la copa de oporto. Y él hizo lo mismo, aunque el asunto se quedó archivado en su memoria para posterior ocasión.

Esa ocasión no tardaría en presentarse.

Fue apenas terminada la recepción, cuando Jason se despedía de todos y, entre cordiales apretones de mano y amistosas sonrisas, llegaba a la puerta de salida del City Hall.

Justamente entonces, sucedió.

Fue el principio de toda la cadena de acontecimientos que Jason Lee iba a vivir en Scunthorpe, en el más terrible y dramático período de su joven existencia...

* * *

Era una mujer de cabellos canosos, rostro de noble apariencia y sencillas ropas de dama provinciana de la clase media.

Apareció súbitamente ante ellos, con un grito desgarrado, patético, que conmovió a los presentes, y se desplomó de rodillas ante el padre McKane, gritando con todo convulso:

—¡Padre, padre McKane, Dios nos asista a todos! ¡Tienen que encontrarla! ¡Tienen que encontrarla!

El sacerdote, confuso, reveló una súbita palidez en su rostro. El, el alcalde Simmons y el doctor Baxter cambiaron miradas de sorpresa e inquietud ostensible. Jason Lee, totalmente ajeno a todo aquello, se había quedado rígido, la mirada fija en la extraviada expresión de la mujer.

—Vamos, vamos, señora Carter, ¿qué es lo que sucede? —trató de razonar afablemente el alcalde, tomando a la dama por las manos y tratando de incorporarla, pese a la férrea resistencia de ella—. Serénese y explíquenos qué es lo que...

—¡Mi hija, alcalde! —gimió la mujer— ¡Mi hija Abigail!

—Señora Carter... —era el padre McKane quien, serenamente, pese a su ostensible nerviosismo, se apresuraba a aproximarse a ella, tratando de indagar algo—. Por favor, ¿qué le ocurre a Abigail?

—No está, padre... ¡No está en casa! ¡Ha desaparecido, ha huido... dejando en su dormitorio cosas realmente horribles! ¡La maldición ha caído sobre mi casa! ¡Todos estamos poseídos por Satanás, padre! ¡Tiene que salvarnos a todos, pero sobre todo a mí pobre y querida Abigail!

—Vamos, vamos, señora Carter, su hija no ha huido ni desaparecido, estoy seguro —trató de contemporizar el alcalde—. Seguramente se habrá ido a jugar con otros chicos y...

—No, señor Simmons, eso es imposible —apareció llanto en los ojos de la madre—. Ella padecía ahora de unas fiebres... El propio doctor Baxter la visitaba, ¿no es cierto? No podía moverse de la cama. Su temperatura era muy elevada...

—Eso es verdad —asintió el médico, preocupado—. ¿Por qué cree que ha huido, señora Carter?

—Su ventana... Estaba abierta. La cama revuelta. Y lo demás... Oh, lo demás... ¡es horrible!

—Pero... ¿qué es «lo demás?» —insistió el alcalde, perplejo.

—Vengan... vengan y lo verán con sus propios ojos. Mi hija, mí querida Abigail... no ha podido hacer algo así, estoy segura. Es cosa del Diablo, no de una pobre niña enferma... ¡Vengan a casa, se lo ruego!

Los hombres se miraron. Jason Lee no sabía qué decir. La situación le sorprendía de un modo absoluto. Miró al alcalde, al médico y al padre McKane. Ninguno parecía dispuesto a adoptar decisión alguna. Fue el jefe de la policía local, Howard Parrish, quien lo hizo por ellos bruscamente.

—Vamos, señores —invitó, saliendo de atrás, resueltamente, con un gesto decidido en su cara gordinflona y saludable—. Creo que es mejor ver lo que sucede exactamente en casa de los Carter.

Echaron a andar, en pos de Parrish. Jason Lee dudó un momento. Nadie le invitaba a seguirles. Pero lo hizo por su propia cuenta.

Poco después llegaban a una casa pulcra y modesta, situada en una zona de la población muy próxima al centro comercial. Los edificios en Scunthorpe, como en todas las pequeñas poblaciones inglesas, eran virtualmente iguales, con una deliciosa regularidad que no les hacía parecer monótonos, sino parte de un equilibrio urbano pintoresco y único: verjas, pequeños jardincillos, bajos, unos escalones, una casa de ladrillos, miradores, tejados de pizarra y chimeneas.

En la habitación de Abigail, les esperaba una enorme sorpresa.

Era un dormitorio pequeño y coquetón, propio de una niña de ocho a diez años. La cama aparecía revuelta. Lee observó que unas zapatillas aparecían junto al lecho, intactas. La ventana estaba abierta, pese al día lluvioso y frío. El aire húmedo agitaba una cortina estampada de flores.

Y los muros...

Los muros parecían propios de cualquier lugar, menos del dormitorio de una niña. Se habían trazado en él pinturas grotescas, frases de una obscenidad increíble, junto a dibujos soeces y blasfemias repugnantes. Todo con la letra deforme y tosca que trazaría una criatura de pocos años...

—Dios nos asista... —oyó susurrar al padre McKane. Y notó que se persignaba.

—¿Se dan cuenta ahora? —sollozaba la madre, patéticamente—. ¿Cómo pudo hacer eso mi pobre Abigail? Y, sin embargo, nadie entró aquí, estoy segura... Además... es su letra. Su propia letra, podría jurarlo...

—Sí —musitó el padre McKane, conmovido—. Yo también, señora Carter...

Jason Lee, demudado, leyó de nuevo aquellos horrores escritos por la mano inocente de una niña. El más endurecido arriero, hubiese enrojecido ante ellos.

—Pero... ¿qué es lo que sucede? —preguntó Jason, con voz ronca —. ¿Qué sucede aquí para que algo semejante pueda producirse, señores?

Una voz, la del doctor Baxter, respondió por los demás:

—El Diablo, señor Lee... El Diablo creo que vive ahora en Scunthorpe...

CAPÍTULO II

—Abigail es normalmente una niña encantadora, angelical. Sus ñutas escolares hubieran sido perfectas en todo, a no ser…

—¿A no ser… qué, padre McKane? —los ojos penetrantes de Jason Lee se fijaron en el rostro pensativo del sacerdote.

—A no ser por ciertas injustificadas ausencias de las clases, en determinados días, siempre acompañada de otro niño, Randy O'Neill, un vecino suyo. Anteriormente, también Oliver Atwill faltaba a las clases. Pero Oliver Atwill, ahora, está muerto.

—¿Muerto? —pestañeó Jason.

—Eso es —los pasos firmes del cura, calle arriba, eran los propios de un hombre joven y vigoroso. Incluso a Jason le resultaba duro tener que seguir aquel ritmo, pese a su juventud y elasticidad—. Muerto. Después, los dos niños siguieron jugando juntos, mientras el colegio permanecía cerrado, por la muerte del maestro Wilding. Una noche, yo mismo tuve que acogerles en la sacristía y llevarles luego a casa, porque habían escapado de noche de sus dormitorios, pese a la lluvia torrencial que caía, y hablaban extrañas cosas sobre su amigo Oliver.

—¿Qué clase de cosas?

—Aludían a cosas que Oliver les contó. Según ellos, presentía su muerte. Y no le asustaba. Confiaba en… en regresar después de muerto. ¿Ha entendido bien?

—Cielos, sí… —Jason apretó los labios, dominando su asombro del mejor modo posible—. Es una idea monstruosa para un niño…

—Lo peor es que tuve un presentimiento y visitamos la tumba de Oliver.

—¿Y…? —Jason le miró, parándose en medio de la empinada calzada.

—Y mis temores se confirmaron —declaró gravemente el sacerdote, parándose también en su enérgica marcha—. La tumba había sido removida. El ataúd abierto, el cadáver del niño había desaparecido.

—Dios mío…

—Además, habían arrancado la cruz de metal del féretro. Y habían destrozado la de piedra, perteneciente a la tumba, llenándola de inscripciones tan sucias como las que hemos leído en las paredes

del dormitorio de la niña de los Carter.

—Realmente, parece cosa de algo diabólico, padre McKane. Pero yo no creo en la existencia física del Diablo. Y perdóneme si eso contradice sus creencias...

—El Diablo, mi querido señor Lee, está en todos nosotros, como lo está Dios —suspiró el padre McKane sacudiendo la cabeza—. No es necesario que el Enemigo adopte forma humana material para que se haga presente entre nosotros. El Bien y el Mal existen en el alma del Hombre, y ahora es el Mal el que se manifiesta en todo su poder. Un poder siniestro, que me aterra.

—Entiendo. Alguien, en Scunthorpe, puede estar... poseído, endemoniado, según supone usted.

—No cabe otra explicación. Y si son esos pobres niños inocentes los que han sido dominados por los poderes del Mal... ¿Qué va a suceder aquí?

—Usted tiene la palabra, padre. Es quien más fuerza puede tener para luchar contra ese poder.

—Lo sé —asintió amargamente el padre McKane—. Sólo quisiera conocer los medios. Hasta hoy, nunca tuve que recurrir a exorcismos. Ignoro mis fuerzas reales para oponerme a lo que nunca combatí abiertamente. Aún no sabe todo, señor Lee.

—¿Hay... algo más? —se inquietó el joven maestro.

—Sí, lo hay —afirmó rotundamente el sacerdote—, inscripciones que usted ha visto hoy en la habitación de Abigail, eran escritas con tinta, ¿no es cierto? Las del cementerio, cuando el cadáver de Oliver desapareció, lo fueron con otra clase de tinta. Llevamos unas muestras y el doctor Baxter las analizó. Eran sangre. Sangre humana, señor Lee.

—Cielos —resopló Jason, inclinando la cabeza. Siguió al sacerdote cuando éste inició su firme marcha. Tras unos momentos de silencio, aventuró una pregunta—: Padre... ¿Y el cadáver del niño? ¿Ha aparecido?

—No —negó rotundamente el religioso—. Se ha buscado por todos los lugares imaginables con el mismo negativo resultado. Desde luego, la noticia se ha ocultado a todo el mundo, incluida la madre del niño. Se tapó la losa, y se ha mantenido un riguroso silencio sobre el asunto, en tanto duran las pesquisas. El caso lo lleva personalmente el juez Hoggarty que, como usted, es algo escéptico en cuanto a la posible participación de Satanás en todo esto.

—¿Tiene el juez alguna otra teoría menos... menos inmaterial?

—La tiene —suspiró el padre McKane, cuando ya avistaban los dos hombres las medio derruidas cercas del viejo cementerio local—. El sospecha que existen aquí ladrones de cadáveres, y que suya es la obra del expolio de esa tumba.

—Es una teoría razonable. Actualmente abundan demasiado en

Inglaterra esa clase de repugnantes individuos. Recientemente oí del linchamiento de dos de ellos en Londres, tras descubrirse que facilitaban cadáveres a un médico, para sus experimentos... Además, de eso, robaban las joyas y cuánto de valor llevasen los cuerpos encima, llegando incluso al extremo de arrancarles muelas de oro o cortar los dedos enjoyados, sin el menor escrúpulo.

—Sí, lo sé. No es ninguna sorpresa que pueda existir aquí alguien de esa calaña, señor Lee, pero ¿eso explica las inscripciones vergonzosas, las ausencias de los niños y sus extrañas palabras?

Jason no supo qué responder. En vez de ello, siguió a su acompañante hasta la puerta del cementerio, donde ambos hombres se detuvieron. El padre McKane apretaba con fuerza sus dedos sobre el crucifijo que colgaba encima de su sotana. Los ojos le brillaban intensamente.

—¿Puede decirme qué hemos venido a hacer aquí? —se interesó al fin Jason, mirando con disgusto el feo, abandonado y viejo camposanto, con los hierbajos silvestres cubriendo casi por completo algunas de las lápidas.

—Es uno de mis pensamientos —suspiró el sacerdote—. Entremos, si no les asusta un lugar así.

—No tengo miedo a lo que no sea de este mundo, padre, ya se lo dije antes —habló Lee con energía—. Mientras alguien no me demuestre lo contrario, los mayores peligros vienen de los vivos, nunca de los muertos.

—Dios quiera que tenga motivos para seguir pensando igual —fueron las tristes palabras del padre McKane, mientras ambos cruzaban el umbral de acceso al cementerio, y se internaban por él, siempre con el sacerdote guiando el camino.

Recorrieron una serie de viejas tumbas, algunas de cuyas cruces o lápidas se ladeaban lamentablemente, a punto de caer. Otras, ya estaban rotas o caídas por completo. Una sensación de triste abandono reinaba en el fúnebre lugar.

—Van a inaugurar el nuevo cementerio el mes próximo —informó el cura, distraídamente—. Allí serán trasladados los cuerpos que lleven aquí menos de quince años. Los demás... serán trasladados a un osario, siempre que ello sea posible. Y el cementerio se demolerá definitivamente. Parece como si algo, en él, se resistiera a ser demolido. Hace muy poco tiempo que comenzó esta serie de hechos inexplicables...

De repente, el sacerdote se detuvo. Extendió un brazo, deteniendo también a Jason. Miraba muy fijamente a un punto ante sí. De sus labios escapó una exclamación:

—¡Dios nos asista! Mire ahí, señor Lee... Mis sospechas eran ciertas.

El maestro se adelantó unos pasos. Miró al lugar hacia el que el cura dirigía sus ojos. Pudo ver lo mismo que él.

Sobre la losa de una tumba yacía alguien, blanca la piel, inmóvil la figura, envuelta en la tela rosa de un largo vestido. Una suave melena rubia, reposaba en la piedra fúnebre. Parecía inconsciente. O muerta.

Era una niña. No tendría más de diez años.

—¿Abigail? —susurró Jason, estremeciéndose.

—Sí —dijo roncamente el padre McKane—. Abigail... Es ella.

Echó a andar hacia el lugar donde yacía la muchacha. Jason le siguió. Ambos hombres se inclinaron sobre la tumba, tratando de averiguar el estado de la muchacha. Una sensación de alivio se apoderó de los dos.

—Vive —dijo Jason.

—Vive, sí —asintió el sacerdote—. Vamos, hay que sacarla de aquí cuanto antes...

Cargó con ella en sus fuertes brazos de rudo escocés. Entonces se fijó en algo que ya Jason contemplaba, y hacia lo que dirigía su índice, señalándolo con energía.

—Mire, padre... ¿Ve eso? —exclamó, impresionado.

El cura asintió. Sus ojos reflejaron un sentimiento de horror ante la serie de blasfemias y obscenidades escritas sobre la lápida en que reposara hasta entonces Abigail Carter.

Pero todo ello, con ser tan terrible, ya empezaba a resultarles algo familiar. Quizá lo peor, lo más siniestro de todo, venía al final, en rojas letras de mayor tamaño, trazadas irregularmente, como bajo los efectos de un paroxismo, de un estado frenético.

La frase era corta, amenazadora y soez:

> OTRO BASTARDO, SUCIO HIJO DE PERRA, COMO EL QUE AQUI YACE, VENDRA PRONTO A PUDRIRSE CON EL.

—«Como el que aquí yace...» —repitió Lee en voz alta—, ¿A qué puede referirse? ¿Quién es la persona que reposa en esta tumba, padre?

El sacerdote le miró, sosteniendo a Abigail entre sus brazos. Su gesto era grave, hondamente preocupado.

—Esta es la tumba del anterior maestro de escuela, Peter Wilding —murmuró—. Parece obvio, señor Lee, que esta inscripción... se refiere a usted.

* * *

—Ha sido una cena excelente, señora Standish.

—¿De veras le gustó la sopa y el pudding de carne?

—Me gustó absolutamente todo, puede creerme... —sonrió Jason, retirando la taza de té y sacudiendo la cabeza—. Su hija tuvo razón cuando me dijo que era usted una de las mejores cocineras.

—Oh, Pam siempre está Halándome de elogios inmerecidos —trató de mostrarse humilde la señora Standish, aunque era evidente que le complacía saber lo que su hija pensaba de ella—. Si le tuviera que hacer caso, no habría en el mundo mujer como yo.

—Y no la hay —dijo jovialmente la voz" de Pamela, apareciendo la muchacha en la puerta del comedor—. Creo que Jason está empezando a darse cuenta de ello.

—Así es —asintió el joven maestro—. Primero comprobé que Pam tiene motivos para ser una muchacha tan bella. Su madre ha debido serlo en alto grado durante su juventud, y aún conserva mucho de ello.

—Señor Lee, está resultando usted peor que mi hija —rió la señora—. Terminará por lograr que me ruborice.

—Solamente le digo lo que pienso, señora Standish —Jason se incorporó, haciendo ante Claire Standish una leve inclinación—. Del mismo modo que le digo que puede estar orgullosa de su hija. Pam es una muchacha maravillosa.

—¡Pero si apenas me conoce! —rió ella de buena gana. —No importa. Me guío siempre por mi primera impresión y rara vez fallo.

—Eso es precipitarse —le reprochó graciosamente Pam, empezando a retirar los platos de la mesa—. A veces, las personas engañamos. Sobre todo, en el primer momento.

—Creo que para un buen observador, nadie puede engañar así. Quien es capaz de disfrazar su verdadero modo de ser, lo hace siempre, no sólo al principio.

—Está resultándonos todo un psicólogo, señor Lee —suspiró la madre de Pamela, ayudando a su hija en la tarea.

—Estudié algo de eso en mi carrera —dijo Jason—. Considere que era un conocimiento indispensable para saber manejar a los niños. Ellos son mucho más difíciles de comprender que los adultos, quizá porque ni ellos mismos se comprenden muchas veces.

—Lo dicho. Vamos a tener en Scunthorpe a todo un psicólogo, capaz de hacer de nuestros niños un guía y un amigo —dijo Pamela risueñamente.

—Me gustaría ser todo eso, créanlo. Pero no es tan fácil como parece. Los niños rara vez se entregan totalmente a los demás. Y menos a su maestro.

—Lo creo —rió Pamela—. El pobre señor Wilding sufría mucho con su clase. Lo cierto es que no le tenían demasiado respeto sus

alumnos, y eso le creaba dificultades.

—El señor Wilding... —Lee asintió, pensativo, apareciendo de pronto una sombra de incertidumbre en su rostro—. Háblenme de él, por favor. ¿Cómo era realmente?

—Como casi todos los maestros de pueblo —suspiró la señora Standish—. Demasiado viejo y demasiado rutinario para que los niños se interesaran por sus métodos de enseñanza. Además, estaba algo enfermo del corazón, y se indisponía a veces. A nadie le sorprendió demasiado su muerte repentina.

—Sobre todo, después de los últimos días —observó Pamela—. Había llegado a interrumpir una clase, enviando a todos los niños a sus casas, y salir agitadamente del colegio para meterse como una exhalación en la iglesia. No, no era un comportamiento normal el suyo, últimamente.

—¿Nunca les dijo nada sobre los asuntos escolares, sobre su hija pequeña, señora Standish, o sobre los otros niños?

—No, nunca —negó la dama—. Aline es una buena alumna, y nunca me expuso queja alguna sobre ella. Ya lo comprobará usted por sí mismo. Sus notas son buenas, y su conducta intachable. No quiero coaccionarle con eso, pero es aleo que sabrá fácilmente, apenas comience las clases, por cierto, ¿cuándo será eso?

—Abriremos el colegio el lunes —sonrió Jason, distraído—. El alcalde piensa que ya han perdido demasiado tiempo los niños, desde la muerte del señor Wilding. Mañana, sábado, me dedicaré a examinar los libros de notas de todos los alumnos, tal como los dejó el señor Wilding, para hacerme una idea sobre la clase. Espero que todo vaya bien.

—Irá bien —aseguró Pamela con firmeza, regresando ya de la cocina para terminar de limpiar la mesa donde cenara Jason—. Tengo gran confianza en usted.

—Ojalá todos piensen igual —suspiró el joven maestro. Luego, su mirada se desvió hacia los cortinajes recogidos, que daban acceso al living. Allí se encontró con unos grandes ojos azules, que le miraban intensamente.

Era Aline, la hija menor de la señora Standish. La misma niña cuyo rostro viera tras la ventana, a su llegada

Permanecía allí en pie, estudiándole fija, curiosamente con sus rizos pelirrojos enmarcando graciosamente la suave, dulce carita. Un vestido azul pálido flotaba en torno a su delgada figurilla de niña de unos diez a once años.

Ellas también se volvieron, al captar la mirada de Jason. La señora Standish mostró cierta sorpresa.

—¡Aline, hija! —la reprendió, yendo hacia ella—. Es ya muy tarde para que estés levantada. Te dije que subieras a tu habitación

después de cenar, y te acostaras. El señor Lee ha venido tarde a cenar esta noche, y a estas horas, los niños deben dormir ya. ¿Qué dirá tu nuevo maestro de tu comportamiento, viéndote ahora aquí?

Aline no desvió sus ojos de Jason. Como si su madre y su hermana no existieran.

No pestañeaba. Tenía una fijeza sorprendente en sus grandes pupilas celestes.

—Quería conocerle, mamá —dijo con su vocecilla dulce y suave.

—¿A tu maestro, el señor Lee?

—Sí, mamá —asintió—. Es muy joven. Y muy guapo. Es muy distinto al señor Wilding.

—¡Aline! —la reprendió su madre.

—Déjala —rió Pamela de buen humor—. Después de todo, los niños siempre dicen lo que sienten. Tiene razón al decir que Jason es más joven y más guapo que el señor Wilding. Eso salta a la vista.

—Aline, no creas que vas a ganarme con truquitos —la reprendió Jason, risueño, acercándose a ella—. Si el señor Wilding era capaz de castigar a quien no era aplicado y se comportaba bien, yo también puedo hacerlo. He manejado a diablillos peores que los niños de Scunthorpe, sin duda alguna.

—El señor Wilding no castigaba mucho —dijo Aline—. Pero era viejo y feo. Además, no era un buen maestro.

—¡Aline! —su madre estaba pasando apuros.

—Es la verdad, mamá —por una vez, la miró su hija—. Prefiero el maestro que vamos a tener. ¿Sabes una cosa? Me alegro de que se muriera el señor Wilding.

—¡Cielos! ¿Pero qué dices? —se sobresaltó la señora Standish, enrojeciendo. Fue hacia ella con aire de enérgico reproche—. Aline, no se puede hablar así de una persona que...

—Espere, señora Standish —cortó suave pero firmemente Jason —. Deje que hable yo con Aline. Después de todo, tenemos que ser buenos amigos. Todos mis alumnos son mis amigos, si ellos quieren que yo lo sea de ellos. Ven, Aline, hablemos tú y yo, sin nadie delante.

—Sí, señor —dócilmente, la niña tomó su mano y le siguió al living, en tanto las dos mujeres, tras un momento de duda, partían hacia la cocina.

Se quedaron solos maestro y alumna. El sentó a la niña en una butaca del gabinete. Permaneció en pie ante ella, pensativo. Aline le sonrió. Él le devolvió la sonrisa.

—Aline, ¿no te gustaba el señor Wilding?, —preguntó.

—No.

—¿Le odiabas?

—Pues... no —una vacilación—. No le odiaba. Pero no me gustaba.

—¿Por qué?

—Ya se lo dije. Era viejo y feo. Y un mal maestro.

—Eso no es motivo para que uno se alegre de la muerte de alguien. El pobre ya tenía bastante desgracia con no merecer vuestro afecto y respeto.

—Lo dije porque sí. No es que me alegre que se muriera. Me alegra que haya venido usted —y tomó su mano, mirándole con sus grandes ojos.

—Gracias, Aline. Eso es muy grato para mí, pero no quiero que signifique desprecio nacía los demás. Quizá el señor Wilding se había quedado un poco anticuado, quizá no fuese agradable su aspecto, pero trabajaba con buena fe y eso debe bastarte. ¿Lo has comprendido?

—Sí, señor.

—Ahora, dime una cosa: ¿era rudo con vosotros? ¿Os castigaba mucho?

—No. A mí nunca. Siempre tuve buenas notas y me porté bien.

—Pero ¿y a los demás? No todos serían tan aplicados como tú...

—Tampoco. No era malo. No nos regañaba mucho. Sólo a veces... se enfurecía.

—Se enfurecía, ¿por qué?

—Oh, cosas... —se encogió de hombros—. Sólo con algunos alumnos.

—¿Con qué alumnos, exactamente?

La niña sacudió su pelirroja cabecita negativamente.

—Estaría feo decir los nombres. No quiero que usted mire mal a otros niños.

—Yo no miraré mal a nadie. Sólo quiero saber cómo era mi antecesor, no vosotros. Eso ya lo veré por mí mismo el lunes. Dime, ¿era Oliver Atwill uno de los niños que le enfurecieron alguna vez?

—Sí —pareció asomar cierto asombro a los ojos azules.

—¿Y Abigail Carter?

—Sí, señor... ¿Cómo lo sabe? —la mirada infantil se llenó de sorpresa.

—¿Y... Randy O'Neil?

—¡También! —Aline se puso en pie de un salto—. ¿Es que lo sabe usted todo, señor?

—Eso quisiera —suspiró Jason, sacudiendo la cabeza—. Supongo que sabrás por qué se enfurecía con ellos...

—Sí —apretó los labios—. Pero no debo decirlo.

—Yo te lo diré. Faltaban a clase. Se ausentaban sin motivo algunos días, ¿no es eso?

—Pues... sí —otra vez aquellos grandes ojos, fijos en él—. ¿También sabe eso?

—También. Lo que me gustarla es saber por qué se ausentaban.

Tú debes saberlo.

—Se iban a jugar. Como se hace siempre que no se va a la escuela.

—A jugar… Sí, lo suponía. Pero todo el mundo tiene un sitio donde jugar. El río, la pradera, la colina, una casa abandonada, un viejo jardín, un sendero… ¿Cuál era el sitio que ellos frecuentaban en sus correrías, Aline?

—No sé —ella apretó los labios con fuerza—. No lo sé, señor.

Parecía haberse hecho súbitamente hostil al interrogatorio. Pero Jason no cedió. No dio marcha atrás ni cambió su táctica. En vez de ello, remachó:

—Yo te lo diré, Aline. Ellos iban a… al cementerio viejo, ¿no es verdad? ¡Ellos jugaban en el cementerio! Y tú lo sabes. ¿Por qué iban allí? ¿Por qué, Aline? ¿No fuiste tú nunca con ellos?

—¡No, no, no! —gritó la niña súbitamente, en un arranque de genio—. ¡Yo no iba con ellos, pero he ido después! ¡He ido con Abigail y Randy, pero usted no tiene por qué saber a qué vamos! ¡No tiene que meterse en nuestros juegos, ni tiene por qué interrogarme como si hubiera hecho algo malo! ¡Creí que era usted un buen maestro, pero le odio, le odio tanto como al señor Wilding, y me gustaría verle muerto!

Tras ese estallido de increíble ira, con el rostro extrañamente rígido y pálido, los ojos llameantes, la niña echó a correr, perdiéndose escaleras arriba, hacia la planta alta.

Jason Lee se quedó quieto, erguido allí, siguiendo con su mirada la evasión de la niña. A sus espaldas, una voz sonó estremecida, temblorosa:

—Dios mío… ¿Qué ha ocurrido, Jason? ¿Qué le pasa a Aline? Subiré a hablar con ella, la haré bajar y que le pida…

—No, Pam, no haga nada —suspiró Jason lentamente, volviéndose hacia la joven hermana de Aline, cuyo rostro mostraba ahora una palidez y un estupor que en nada alteraban su belleza—. Deje que se cierre en su cuarto, deje que llore, que maldiga o que duerma.

—Pero, pero Aline nunca… Nunca dijo nada tan horrible. Nunca la vi así… Dios mío, si mamá lo hubiera presenciado…

—Sé lo que siente —se acercó lentamente a ella—. Es doloroso, pero ahí quería yo llegar. Ella fingía. Aline no sentía lo que decía. Y quería descubrirlo. La forcé a ello.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? —gimió la joven—. No tiene sentido que se comporte así…

—Lo sé. No tiene sentido nada de lo que está ocurriendo en Scunthorpe últimamente. Hay quién dice que el Diablo está mezclado en ello, Pam.

—¡El Diablo! —ella le miró, boquiabierta, empezando a

persignarse.

—Quizá estés en lo cierto, no lo sé —murmuró Jason—. Pero la explicación tal vez no sea tan simple. Si aceptamos que el Diablo puede adoptar forma humana, ser cualquiera de nosotros… la cosa cambia.

—¿Qué quiere decir?

—Que es posible que el Mal exista en Scunthorpe. Pero yo no busco a un ser oliendo a azufre, con cuernos en la cabeza y medio cuerpo de macho cabrío. Busco algo más. Más cercano a nosotros, más real, aunque igualmente diabólico. Y lo malo, Pam, es que ni siquiera sé que es lo que busco…

CAPÍTULO III

—Supongo que ha sido una simple visita rutinaria, señor Lee. Su estado de salud no puede ser más perfecto.

El doctor Neil Baxter recogió sus instrumentos médicos y los guardó en el maletín, soltando un resoplido. Luego señaló con un gesto a su paciente que podía vestirse ya.

Jason lo hizo con parsimonia, mientras el doctor repasaba unas recetas que tenía dispuestas para otros pacientes suyos, encima de su mesa de trabajo.

—Lo cierto es que no sentía nada anormal en mi cuerpo, doctor —sonrió Lee—. Pero prefiero saber que mi salud es buena, antes de establecer contacto con un grupo de niños. Es una prudente medida de precaución. Además, de paso me sirve para cambiar impresiones con usted.

—¿Impresiones? ¿Sobre qué? —el médico ni siquiera se volvió, continuando su tarea.

—Sobre muchas de las cosas que están sucediendo en Scunthorpe.

—¿Sucede realmente algo en Scunthorpe?

—usted sabe que sí.

—El padre McKane es demasiado impresionable. Puede que alguien se haya vuelto loco y ande complicando las cosas. Eso es todo, creo yo.

—El padre McKane me ha dicho que usted compartía algunos de sus temores también. Incluso hizo la autopsia al niño Oliver Atwill.

—Sí, pero no encontré nada de nada. Comió bayas silvestres. Eran venenosas, aunque no mortales, pero afectaron a su corazón. Debía de sufrir alguna irregularidad cardíaca, y falleció. Eso es todo.

—¿Y el maestro de escuela, el señor Wilding?

—Su antecesor, señor Lee, era paciente mío. Su corazón andaba mal. No es raro que un día le fallase.

—¿Y el robo de la tumba del pequeño Oliver?

—Sin duda un ladrón de sepulturas. Hay muchos en este bendito país.

—¿Y los letreros obscenos, los niños en el cementerio, las cruces rotas, el desvanecimiento de Abigail Carter sobre una tumba, precisamente la de Peter Wilding?

—Los niños tienen siempre una cierta tendencia a lo morboso, a los juegos macabros. Son crueles por naturaleza. Si alguno tuvo la idea de jugar en el cementerio, eso influyó en los demás. Luego puede que sus mentes infantiles se hayan visto trastornadas por todo ello.

—Eso no explica las blasfemias escritas.

—Los niños, hoy día, saben más de lo que aparentan. Les encanta lo prohibido. Y si pueden hacer, lo hacen. Escribir esas obscenidades, puede ser obra de un niño enfermizo y mal educado. Cualquiera de ellos.

—¿Y las amenazas? ¿Los odios desatados súbitamente en ellos?

—Sé a lo que se refiere —suspiró el doctor Baxter, que empezaba a sentirse incómodo, pero que pretendía mantenerse en su actual reducto de realismo a ultranza—. Alguno de ellos, por odio a otro maestro, a Wilding por ejemplo, siente odio hacia todos los maestros, y a usted le toca ahora ser el amenazado, el odiado. Pamela Standish ha venido esta mañana muy preocupada, a contarme lo sucedido entre usted y su hermanita. Al parecer, hoy está en cama la niña, con algo de fiebre. Fui a verla, y su estado es normal. Sencillamente, tiene un leve resfriado y le subió la temperatura. Anoche, sin duda a causa de su estado febril, reaccionó bruscamente, influenciada también por los juegos macabros de sus compañeros de travesuras, y dijo lo que no debía. Estoy seguro de que debe sentirse muy arrepentida por todo ello, señor Lee. Si la hubiera visto esta mañana, en su cama... Lloraba y se quejaba de dolor en la garganta. Era simplemente lo que es: una criatura débil y sensitiva, que se siente asustada por una dolencia trivial.

—Me gustaría que la hubiera visto anoche, doctor. No era ninguna criatura débil ni sensitiva, sino algo muy diferente.

—¿Qué pretende darme a entender? ¿Que Aline Standish es un monstruo?

—Al menos por unos momentos... me lo pareció, doctor Baxter. Bien, gracias por todo. Ya nos veremos más tarde.

Se encaminó a la salida del consultorio. Estaba ya en la puerta, cuando la voz del médico le detuvo.

—Espere un momento, señor Lee.

—¿Sí? —Jason se volvió, con la mano en el picaporte.

—Hay algo que quiero decirle —carraspeó el doctor—. Yo también... yo también he querido ver en todo esto algo más de lo que se puede explicar humanamente, pero es ridículo aventurarse a pensar en el Diablo, como el padre McKane sostiene. Yo digo que todas las cosas pueden explicarse de modo racional.

—Yo también. Pero nosotros no entendemos de almas, y el padre McKane sí. Tal vez al referirse él al Diablo y nosotros a... a otra cosa, en el fondo nos estamos refiriendo a lo mismo. Eso es lo que yo busco.

—¿Por qué, señor Lee? ¿Por qué se mete en eso? Es cosa del jefe de policía Parrish, del juez Hoggarty… o, como máximo, del padre McKane y sus exorcismos, pero no suya.

—Recuerde que fue mi antecesor el que murió, que fue un alumno de aquella clase el que fue enterrado y desapareció de su tumba. Recuerde que son mis alumnos futuros los que están involucrados en tan extraños sucesos. Y, sobre todo, recuerde que uno de esos niños me ha deseado la muerte… y alguien ha escrito sobre la tumba de Peter Wilding una amenaza a su sucesor, que soy yo. Creo que tengo suficientes motivos pura seguir indagando.

—Está bien. No quiero mezclarme en nada, pero, a título de información, quisiera decirle algo, para que vea que no me niego a colaborar con usted en un asunto que puede afectamos a todos por igual.

—¿Qué es ello, doctor?

—Se trata de un hombre que lleva poco tiempo viviendo en Scunthorpe. Nadie ha pensado en él, porque rara vez baja al pueblo, y hace toda su vida en la casa de la colina.

—¿La casa de la colina?

—Sí. Está entre el viejo y el nuevo cementerio. Su propietario es una mujer de dudosa conducta, borracha y huraña, de la que se dijo siempre que parece una bruja, y quizá lo sea. Ella se llama Brenda Mouldar. Arrendó su casa a ese forastero, y ella se dedica a trabajar para él. Le hace los recados, limpia su casa, viene al pueblo a por provisiones y cosas así. El huésped de la vieja casa se llama Jonathan Fisher.

—¿Y quién es exactamente Jonathan Fisher?

—Nadie lo sabe. Pero el empleado de Correos es buen amigo mío y me contó hace algún tiempo que habían recibido un extraño embalaje con destino a Jonathan Fisher.

—¿Qué clase de embalaje?

—Unas cajas frágiles, especiales, conteniendo… reptiles y arácnidos.

—¿Reptiles y arácnidos? ¿Vivos, supongo? —se sorprendió Jason.

—Vivos y bien vivos. El funcionario de Correos los vio, moviéndose en sus recipientes. Se apresuró a entregar tal mercancía. Supuse que Jonathan Fisher era un naturalista o algo así.

—Todo eso puede ser muy interesante, pero ¿qué tiene que ver conmigo y con lo que estoy buscando, doctor?

—A eso iba, señor Lee —suspiró el médico, mirándole fijamente —. Posteriormente, he sabido que la picadura de uno de esos arácnidos venenosos, todos ellos de naturaleza tropical, puede matar a una persona de igual modo que si sufriera un ataque cardíaco. Y, por

otro lado, la autopsia no revelaría prácticamente nada, ya que lo que liaría ese veneno, es paralizar el corazón súbitamente, apenas llegara a él, conducido por la sangre venosa.

—¿Y la picadura en si?

—Apenas si sería visible. Podría parecer un pequeño grano o huella sin importancia en cualquier punto de la piel, señor Lee... Pero no es sólo esto, con resultar quizá significativo. Es que ese hombre, Jonathan Fisher, ha sido visto en ocasiones merodeando alrededor del colegio, en las horas de recreo. Una vez, tengo entendido que el maestro anterior, el señor Wilding, le expulsó aliadamente, al verle contemplando a las niñas, a través de las rejas del patio, durante sus juegos en el recreo. No sé por qué pensé en todo eso y en la vieja bruja Brenda Mouldar... y se me ocurrió que podía interesarle a usted, como simple orientación.

—Sí, doctor —asintió Jason, pensativo—. Me interesa. Y tal vez más de lo que usted se imagina... Gracias por el informe. Puede ser algo. Al menos, algo por dónde empezar...

Salió, cerrando la puerta tras de sí. El doctor Baxter, una vez solo, se quedó frente a la puerta cerrada, con el ceño fruncido, la mirada perdida en el vacío.

* * *

La tarde de un sábado no era muy animada en Scunthorpe.

La mayoría de los hombres se repartían entre las diferentes tabernas de la localidad, mientras las mujeres, según su condición social y económica, asistían a un té en el salón local, o alguna recepción de amigas en casa de cualquier dama del lugar, o simplemente permanecían en sus casas, preparando alguna cena especial, con motivo de la víspera festiva. Tampoco los alrededores ofrecían demasiada animación. Ni siquiera los niños, habitualmente dispersos por los campos, jugando y riendo, llenando de alegría la campiña triste del Norte, eran visibles por parte alguna. Tías los últimos sucesos, la mayoría de los padres habían decidido mantener aquel fin de semana a los pequeños en sus casas o en las de sus vecinos, pero no sueltos lejos de sus casas.

Jason Lee se detuvo en el sendero de la colina, junto a los árboles agrupados cerca de las tapias del cementerio viejo. El aire era allí áspero y frío, ondulando la hierba y agitando las ramas de los árboles y arbustos, de escasa hojarasca en aquellos momentos del año.

Cuando llegó hasta el camposanto con el padre McKane, no había reparado en la presencia de aquella cusa. Estaba situada en una elevación inmediata, al lado de un camino serpenteante, que se perdía

en la distancia, hasta morir junto a otras cercas más altas y más nuevas, que señalaban el emplazamiento del nuevo cementerio.

Era la vivienda de Jonathan Fisher. La casa propiedad de la vieja Brenda Mouldar, la «bruja» de Scunthorpe. El paraje resultaba solitario y algo inhóspito. Feo, en realidad y algo abrupto. La vecindad de ambos cementerios le prestaba una nota lúgubre y triste. Jason se preguntó si solamente sería ésa la razón de que no le gustara el paraje. O si tal vez existía algo más en alguna parte. Algo menos material, menos aprehensible… pero igualmente siniestro.

Estaba pasando ya de largo ante el viejo cementerio, cuando un agrio, tétrico chirrido en la puerta de éste, le paró en seco. Se volvió sin vacilaciones, dominando cualquier posible aprensión. El, como el doctor Baxter, no creía en fuerzas de más allá de los vivos. No creía en la ultratumba, pese a lo sucedido con el cuerpo del pequeño Oliver, el niño que confiaba en volver desde la Muerte.

Al darse la vuelta, se encontró con la espantable aparición. Por un momento, vaciló su razón, y el joven maestro de escuela pensó si, realmente, estaba ante un ser surgido de entre los muertos.

—¿Quién es usted? —preguntó con aspereza—. ¿Qué hace aquí?

—Eso debería preguntarle yo, joven —fue la agria réplica—. Esta tierra es mi tierra. Este lugar es donde yo vivo. No le conozco. No le vi antes de ahora. ¿A qué ha venido?

Sin duda, era ella. Brenda Mouldar. La «bruja» de Scunthorpe. Su aspecto era digno de tal nombre. La voz popular no había exagerado mucho.

Encorvada, de edad indefinida, de facciones angulosas, de nariz ganchuda, engarfiándose sobre su boca de labios delgados, con un vello denso, casi viril, en torno a su rictus hosco, vestía enteramente de negro, tenía el cabello largo, lacio y gris, mostrando amplias calvas en su ovalado cráneo, y sus manos sarmentosas, salpicadas de feas verrugas, eran las que hubieran hecho las delicias de cualquier autor de cuentos infantiles, para adjudicárselas a la más perversa de sus criaturas maléficas.

Pero eso no era suficiente. Jason profundizaba más que en una simple fealdad física, y trataba de ahondar en las pequeñas, frías pupilas que le contemplaban desde aquel rostro.

El destello de los estrechos ojos negros, no le gustó en absoluto. Era una mirada calculadora, glacial y astuta como pocas. No debía fiarse de aquella mujer, aun olvidando su repulsivo físico.

—En el cementerio no se vive, señora —dijo Jason—. Se muere.

—Yo no me refería estrictamente al cementerio —replicó vivamente la mujer—. Abarcaba todo lo demás. Es mi mundo, joven, no el suyo. ¿De dónde llegó? Aquí no nos gustan los forasteros.

—Vine de muy lejos, señora Mouldar. Porque supongo que es

usted, ¿verdad?

—¿Quién le dijo mi nombre? —se irritó ella—. ¿Quién diablos es usted?

—Jason Lee, el nuevo maestro de escuela —recitó, clavando sus ojos en ella—. ¿Eso le dice algo?

—¿De modo que el nuevo maestro? —graznó con una risotada, mirándole aviesamente—. Vaya, vaya... El sucesor del viejo Wilding, ¿eh? Es un cambio muy brusco. Usted es muy joven para enseñar a los niños...

—Ese es mi problema, señora, no el suyo —cortó Jason secamente—. Voy a visitar a su inquilino, el señor Fisher.

—¿El señor Jonathan Fisher? —su desconfianza creció de punto —. ¿Por qué? ¿Quién le ha autorizado a venir a verle? ¿Lo sabe él, acaso?

—No lo sabe, pero es igual. Espero que me reciba. Los forasteros en Scunthorpe, debemos relacionarnos entre nosotros. Y más si nos dedicamos a alguna afición científica. Puede significar una mutua ayuda muy interesante.

—El señor Fisher no necesita ayuda de nadie. Y usted es sólo un maestro de escuela.

—Soy maestro. Y psicólogo. También estudio Ciencias Naturales.

—¿De veras? —dudó ella, recelosa—. ¿Es naturalista como el señor Fisher?

—Algo parecido —admitió Lee—. ¿Cree que va a recibirme?

—No lo sé. ¿Por qué no lo intenta? Yo sólo soy su patrona. Y la que hace las tareas de la casa. Pero al señor Fisher no le gustan demasiado las visitas.

—Lo Imaginaba —rió entre dientes Jason. Luego dirigió una mirada a las viejas cercas del camposanto—. Aun no me ha dicho lo que hacía ahí dentro...

—Rezaba —refunfuñó la vieja Brenda Mouldar, encogiéndose de hombros—. La gente dice que soy una bruja, pero sólo son unos cochinos embusteros, unos malditos calumniadores. Me persiguen, se ríen de mí. Si de verdad es usted un hombre culto, como dice, tiene que entender que yo no soy ninguna bruja.

—Claro —sonrió Jason—. Las brujas no existen. No se preocupe por lo que yo piense. No pongo en duda que estuviera rezando. En la tumba de algún familiar, imagino.

—No —negó ella—. No tengo a nadie. Ni muerto, ni vivo. Rezaba por todos. Me gusta estar entre ellos. Entre los muertos. Usted no lo entendería.

—Creo que sí lo entiendo —suspiró el joven maestro—. Ellos, al menos, no la llaman «bruja», ¿no es cierto, señora Mouldar?

Y dio media vuelta, alejándose del viejo cementerio, sin esperar



la respuesta de la sorprendida anciana.

CAPÍTULO IV

—Soy Jonathan Fisher. ¿En qué puedo servirle, señor...?

—Lee. Jason Lee. El nuevo maestro de escuela de Scunthorpe.

—Lo siento. No recibo visitas —cortó secamente—. Si necesita algo, busque a la señora Mouldar. Es la dueña de esto. Pero la casa no está en arrendamiento.

—No venía a arrendar nada. Ya hablé con la señora Mouldar... en el cementerio. Es a usted a quien busco, señor Fisher.

—No me gusta hablar con desconocidos —se dispuso a cerrar la puerta tras la primera hoja enrejada, de acceso a la casa—. Buenas tardes, señor Lee.

—Espere. No sólo soy maestro de escuela. Estudio Ciencias Naturales y Zoología.

—¿De veras? —enarcó las cejas, escéptico—. ¿Y qué?

—Creo que tenemos gustos afines, señor Fisher.

—No diga tonterías. Usted es un aficionado. Yo soy un experto.

—Podemos cambiar opiniones. Además, somos forasteros ambos en Scunthorpe. Puede ser interesante que tengamos una relación. Aquí, la gente no es demasiado sociable.

—Me gustan los sitios donde la gente no es sociable. No busco diversiones ni charla, sino un lugar tranquilo para mis trabajos.

—Yo no alteraré su tranquilidad. Es sólo una visita de cortesía.

—Bien. Pues ya la hizo. Ahora, buenas tardes, señor Lee.

—No se lleva bien con los maestros de escuela, ¿eh? —rió Jason —. Podríamos hablar sobre ciertas especies venenosas de tarántulas americanas, pero si no quiere que le moleste más me iré.

—¡Espere! —la voz de Fisher sonó repentinamente interesada. Abrió del todo la hoja de madera. Luego corrió un cerrojo y giró una llave en la verja—. Entre, por favor. Tal vez he terminado volviéndome tan huraño como los habitantes de Scunthorpe. Dispongo de poco tiempo, pero puedo concederle... digamos diez minutos. Veo que sabe realmente de arácnidos. No es como el pobre Wilding, que apenas si tenía cultura para enseñar a párvulos. Y se creía realmente culto e inteligente.

—No se llevó bien con él, ¿verdad? Alguien me contó esa historia.

—Se la contarían tergiversada, supongo —habló con malhumor

Fisher—, Han sacado la estúpida historia de que yo perseguía a las jovencitas, que espiaba a las niñas por instinto morboso... Es una gran mentira. Wilding no me perdonaba que yo le hubiera llamado cretino c ignorante.

Jason estaba ya dentro de la casa. El ocupante de ésta cerró tras él cuidadosamente y le señaló hacia una escalera ascendente, que partía del amplio vestíbulo circular, de cuyo techo colgaba una gran lámpara de cristal de roca con lámparas de queroseno. No había iluminación de gas en la casa, como en el resto del pueblo. La instalación local no llegaba evidentemente hasta allí.

A un ademán de Fisher, Jason Lee siguió a éste escaleras arriba, hasta la planta superior. Un largo corredor les condujo a una amplia habitación cuyas altas ventanas asomadas a la campiña, permitía entrar la luz del día abundantemente.

A su claridad, contempló el sorprendido Jason el espectáculo que ofrecía el gabinete de trabajo de Jonathan Fisher.

Era una indescriptible mezcla de laboratorio y museo. Allí se veían microscopios, tubos de ensayo, jaulas pequeñas, con reptiles de las más diversas especies y orígenes, junto a una serie de estanterías con cajas de vidrio, provistas de diminutos orificios respiratorios. Dentro de ellas, como en un extraño invernadero de plantas vivas, se agitaban pequeñas y horribles criaturas, oscuros cuerpos velludos, desplazándose sobre auténticos juegos de encaje grisáceo, formado por sus telas de hilos viscosos.

Eran arañas, tarántulas, arácnidos de diversas especies, pululando en sus encierros de vidrio, prisioneros del investigador. En unos frascos se removían, bullendo confusamente, centenares de insectos, cuya horrible suerte, sin duda, era pasar a saciar el hambre de los arácnidos allí prisioneros.

Jason no era un experto, pero no mentía, al asegurar que le interesaban profundamente las Ciencias Naturales, en especial los estudios zoológicos. Identificó fácilmente a algunas de las especies, Hindúes, americanas o africanas. Muchas de ellas de mortífero veneno en su mordedura. Respecto a los reptiles, ya no podía estar tan seguro. En jaulas de espesa alambrada, se movían anilladas figuras de serpientes tropicales, muchas de ellas posiblemente tan venenosas como los arácnidos. Los lagartos y demás variedades anfibias no le resultaban, sin embargo, tan familiares.

—¿Qué opina de mi colección, señor Lee?

La voz de Fisher revelaba claro orgullo. Jason se vio obligado a responder, aunque lo que interiormente sintiera fuese cierta repugnancia, una aversión instintiva hacia el trabajo y las criaturas del laboratorio de Jonathan Fisher:

—Admirable. Nunca vi nada parecido, salvo en el Museo de

Ciencias Naturales, señor Fisher. Y aún allí, tal vez fallen algunos de estos ejemplares…

Había acertado. Los ojos de Fisher brillaban con un entusiasmo febril. Incluso le apoyó una mano en el brazo, manifestando con tono placentero:

—Exacto, mi querido amigo. Celebro que sepa, realmente, lo que está viendo. Usted no es un triste patán como el imbécil de Wilding, a quien Dios tenga en su gloria. Se ha dado perfecta cuenta del valor de mis ejemplares. Me ha costado años de esfuerzo, y muchísimo dinero, reunir todo esto. Ahora me siento feliz, orgulloso de mi obra.

Jason le contempló de soslayo. Había algo en aquel hombre que le repugnaba tanto como la presencia de los viscosos reptiles y los velludos y negros cuerpos de los arácnidos gigantes. No sólo por su cara pálida, flaca, de ojos saltones y muy claros, de ralos pelos rubios en su cabeza enormemente desarrollada y calva, o por su cuerpo delgado, pequeño y escurridizo, o sus manos largas, blancas, huesudas, de interminables dedos capaces de engarfiarse como las patas de una tarántula. No, no sólo por eso. Había algo repulsivo y cruel en el interior de aquel hombre.

—Usted ha tenido una gran serie de ejemplares, es cierto —suspiró Jason, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Pero… aún no sé a qué los destina, cuál es la naturaleza exacta de su trabajo con ellos, señor Fisher…

—Oh, eso… —rió entre dientes y le miró con un gesto malévolo, como si le divirtiera mucho su ignorancia al respecto—. Es usted curioso, amigo mío… Muy curioso.

—No, no es eso —rechazó vivamente Jason—. Puede mantener secreto su trabajo. No voy a preguntarle nada sobre él. Fue solamente un comentario. Un hombre capaz de reunir tal colección, forzosamente ha de estar entregado a una tarea fascinante, acaso revolucionaria para la Ciencia…

Había sido muy hábil al exponer la cuestión. El orgullo de Fisher, tocado en su fibra más sensible, reaccionó al comentario aparentemente indiferente de Jason.

—Cierto. Muy cierto… —susurró, frotándose sus manos con un desagradable crujido de huesos—. Un trabajo fascinante, algo nuera para la Ciencia… Estoy… estoy tratando de descubrir algo que está más allá de este mundo, amigo mío. Algo con lo que el hombre ha soñado durante siglos enteros…

—¿El hombre? No entiendo. Creí que solamente actuaba usted con reptiles, con arácnidos…

—Ahí… ¡ahí está la clave, amigo mío! —exclamó triunfalmente Fisher, abriendo sus brazos de modo ampuloso—. En esas pequeñas criaturas, las más de ellas mortalmente venenosas, está la clave de lo

que busco, el móvil de mis actos... ¡Estoy a un paso de lograrlo, la...! ¡La inmortalidad! ¿Lo entiende, Lee? ¡La inmortalidad para el hombre!

—La inmortalidad... —repitió Jason Lee, perplejo—. Pero... pero habla de veneno, de animales ponzoñosos, de muerte... ¿Qué relación tiene eso con la vida?

—Es el gran secreto. El que estoy a punto de desvelar. Mire, Lee, vea esto... Va a ser usted el primer hombre, aparte de mí mismo, que presencie algo parecido...

Tomó de un recipiente un tubo repleto de una materia verde oscura, pastosa y densa. Con una jeringuilla, llenó el cilindro de vidrio de ésta, cosa de dos centímetros cúbicos. Luego le aplicó la aguja. Se inclinó sobre la jaula de unos reptiles. Pasó la aguja a través de la rejilla y la clavó en la piel de uno de los reptiles. Este se agitó, justamente cuando él empujaba el émbolo de la jeringuilla, inyectando con gran celeridad su denso contenido en el animal. Luego esperó.

Jason Lee vio que el reptil comenzaba a dar coletazos, cada vez más furiosos, y emitía furibundos silbidos. Sus compañeros le dejaron solo en aquel ángulo de la jaula. Repentinamente, los coletazos empezaron a ceder, sus esfuerzos se hicieron más débiles, hasta cesar por completo.

Jonathan Fisher miró a Lee con aire triunfal. Se echó a reír.

—Está muerto —dijo.

—¿Muerto? —contempló Jason al lagarto—. ¿Era veneno?

—De tarántula. Mortal de necesidad. Ya ha visto sus efectos.

—¿Por qué lo hizo? —quiso saber Jason.

—Espere y lo sabrá —Fisher miró un reloj mural—. Sólo dos minutos, y lo verá.

Transcurrieron los dos minutos. En su intervalo, Fisher no permaneció quieto. Cargó de nuevo la jeringuilla con el verdoso líquido ponzoñoso, obtenido de los arácnidos. Esperó junto a la jaula del reptil.

De súbito, éste comenzó a agitarse. Ante la sorpresa de Jason, volvió lentamente a la vida. Parecía totalmente recuperado... cuando de nuevo Fisher le clavó la aguja c inyectó con celeridad el veneno.

—¿Qué hace? —jadeó Lee—. ¿Matarlo de nuevo?

—No. Mire eso. El animal no sólo ha resucitado. Vea los resultados... La dosis inoculada ahora ha sido doble de la anterior. Vea lo que sucede.

Jason lo vio, sin dar crédito a sus ojos.

—No se inmuta... —murmuró—. ¡No cae ni acusa los efectos de la segunda dosis letal!

—Exacto, amigo mío —rió Fisher, radiante—. Ya ha visto la verdad. Mi verdad. He logrado que el veneno se convierta en vehículo de vida. Aparentemente, mata a la persona. Pero lo cierto es que la

inmuniza contra la misma muerte. Es el resultado de un tratamiento de los jugos venenosos de esos animales. Provocan una muerte aparente, un estado de auténtica catalepsia. Luego se produce la resurrección. Pero la persona ya no sería la misma. Como este reptil no será ya el mismo. Pronto va a verlo, si permanece aquí un minuto más. Observe, observe...

Jason Lee, fascinado, permaneció contemplando la singular escena dentro de la jaula de reptiles. El lagarto resucitado parecía todavía como aturdido, en relajamiento, pese a que movía malignamente sus brillantes ojillos, contemplando primero a los dos hombres testigos de su experiencia, y luego a sus hermanos de raza y especie.

Súbitamente entró en acción. Se precipitó sobre uno de ellos. Le atacó, le clavó los colmillos ferozmente en su cuello. Retuvo al vencido, y se oyó un sordo gorgoteo, una especie de succión continuada y espeluznante.

Jonathan Fisher parecía embelesado, absorto en los resultados de su obra. Jason Lee, con un escalofrío, comprendió la terrible verdad que ocultaba el descubrimiento de Jonathan Fisher.

—¡Dios mío! —exclamó horrorizado—, ¡Lo que ha logrado usted es... resucitar a un muerto pero dotándole de otra vida diferente! ¡Ese lagarto está succionando la sangre de su compañero para alimentarse! ¡En realidad, ha conseguido el proceso químico que se produciría en... en un vampiro!

—Eso es —afirmó, triunfal, Jonathan Fisher—. He conseguido que ese lagarto sea un No Muerto. Puedo lograrlo con los hombres, lo sé. Lo conseguí una vez, lejos de aquí, en otro lugar donde me oculté para investigar... Un criado mío fue inoculado de ese veneno convertido en suero de la vida. Resucitó... pero necesitaba sangre para nutrirse. Le despedazaron los vecinos del lugar. Yo tuve que escapar de allí... y ahora tío pienso que eso se repita aquí, en Scunthorpe... ¡Seguiré adelante hasta el fin, sean cuales sean sus resultados sobre el ser humano! Pero habré logrado dotar de vida eterna a los hombres.

—A cambio de vampirizarlos para siempre... —musitó Jason, con horror—, Fisher, si usted desea seguir adelante con esta espantosa idea, ¿por qué... por qué me lo ha contado a mí? Sabe que yo no puedo callar, que no puedo ocultar al mundo lo que usted se propone con... con ese horror sin sentido... No me convertiré en su cómplice, y lo sabe... ¿Por qué me ha revelado su secreto?

—Porque sé que usted no se lo revelará jamás a nadie, amigo mío —rió entre dientes, con aire de complacencia—. Y lo sé, porque... ¡usted va a ser MI PRIMER EXPERIMENTO HUMANO!

Y antes de que Jason Lee pudiera siquiera preveer lo que sucedería, adelantó su mano con la rapidez de la centella, como si él

mismo fuese un reptil en acción. Clavó la aguja hipodérmica en el cuello de Jason.

Le inoculó con rapidez la carga ponzoñosa de la tarántula.

* * *

El reloj desgranó lentamente las campanadas.

Claire Standish y Pamela cambiaron una mirada de preocupación. Madre e hija casi coincidieron al repetir la hora en voz alta:

—Las diez...

—Y no ha venido —añadió Pamela, rápidamente—. Es extraño, mamá...

—¿Por qué, hija? —suspiró su madre, sacudiendo la cabeza—. Tal vez se quedó a cenar en casa del alcalde Simmons, o con el juez Hoggarty. O quizá con el doctor Baxter. Oí que iba a hacerse un examen médico, antes de iniciar las clases. Es un hombre que se preocupa mucho por los niños. No quiere ni siquiera correr el riesgo de contagiarles de cualquier posible dolencia.

—De todos modos, hubiera venido a cenar. A estas horas, todos esos caballeros deben estar ya en la cama.

—O en la pub de McCoy —sonrió su madre, maliciosa—. Recuerda que allí sirven la mejor cerveza de la población, y que además la sirve Agatha Benson. Todos dicen que vale la pena ir, sólo por verle el busto cuando se inclina a servirles las jarras. Así son los hombres, hija mía.

—Jason no es de ésos —rechazó vivamente Pamela, con gesto airado—. Sé que no lo es. El no iría a la cantina de McCoy a verle... a verle los pechos a Agatha Benson.

—Es un hombre como todos, no lo idealices —le aconsejó su madre—. ¿O es que acaso te has enamorado de él, Pam?

—¿Yo? —enrojeció la muchacha hasta la raíz de sus cabellos—. ¡Qué tonterías! ¿Por qué había de enamorarme yo de un desconocido que acaba de llegar...?

—Hija mía, para enamorarse, puede bastar un minuto, o pueden sobrar veinte años —rió la señora Standish—. Será mejor que retires la mesa, querida. El señor Lee no vendrá a cenar, le atraigan o no los senos de Agatha Benson...

En aquel momento, tintineó la campanilla de la puerta. Pamela, todavía sofocada, alzó su cabeza con gesto triunfal.

—¡Ahí está! —dijo—. ¡Te lo avisé, mamá! Habrá tenido trabajo, pero sabía que vendría y...

Su mayor decepción fue al abrir la puerta. No era Jason Lee

quien llegaba, sino el doctor Baxter, con su maletín. Pamela se quedó quieta, y el médico saludó desde el umbral.

—¿Puedo pasar? —pidió—. Volvía a casa, después de visitar a la señora Honeywood, y pensé en ver de nuevo a Aline, para saber cómo marcha su estado general...

—Oh, pase, pase, doctor... —le invitó Claire Standish—. Lo cierto es que ya no le esperaba. Pensamos que sería el señor Lee, que venía tarde a cenar, pero no es así.

—¿Lee? —el médico enarcó las cejas, mirando el reloj del salón —. ¿Tan tarde acostumbra cenar?

—No, pero supuse que algo le haría demorarse. ¿No le ha visto usted por el pueblo?

—No, no lo he visto. Y eso que he pasado por el Círculo, y estaban allí reunidos el alcalde, el juez y el jefe de policía. Ellos también me preguntaron por Lee. No le habían visto en toda la tarde.

—Eso resulta extraño, ¿no cree, doctor? —se apresuró a indicar Pamela.

—Bueno, no sé, pero... —el doctor Baxter puso su maletín sobre una banqueta, y se frotó el mentón pensativo—. Lo cierto es que estuvo a primera hora en mi consulta, y parecía que iba a averiguar ciertas cosas sobre los extraños hechos acaecidos últimamente en Scunthorpe... Pero imagino que tuvo tiempo sobrado volver de casa de Jonathan Fisher...

—¿Jonathan Fisher? —se sobresaltó la señora Standish—. Dios mío, ¿se refiere a ese hombre extraño, el que ocupa la vieja casona de Brenda Mouldar?

—Sí, al mismo —asintió el médico, cohibido—. Lamento habérselo mencionado, pero no creo que nadie se atreviera a hacerle nada malo a nuestro nuevo maestro de escuela. Yo...

—¡Doctor, hay que informar de eso inmediatamente ni señor Parrish, nuestro jefe de policía! —exclamó vivamente Pamela Standish, corriendo a tomar una prenda de abrigo del perchero—. ¡Y yo me encargaré de eso inmediatamente!

—¡Pamela, chiquilla, no puedes salir a esta hora de casa! —protestó su madre.

—Vaya si iré. Mientras el doctor Baxter ve a Aline, yo iré al Círculo y volveré. No soy una niña, mamá.

Salió disparada, antes de que nadie pudiera detenerla. El doctor Baxter tenía el ceño fruncido, la expresión preocupada. Subió lentamente las escaleras, sacudiendo la cabeza con disgusto.

—No sé... Creo que no debí decirle nada al señor Lee. Tal vez tuvo problemas con ese Fisher... Diablo, ¿por qué hablaré a veces más de la cuenta? Pero parecía tan interesado en averiguar algo.

—¿Averiguar? ¿Sobre los niños de su colegio? —quiso saber la

señora Standish.

—Sí, eso es.

—¿Y qué tiene que ver ese Fisher en ello?

—No lo sé, pero últimamente he estado pensando en los arácnidos venenosos que se trajo del extranjero ese hombre… y pensé que un hombre puede morir de un aparente ataque cardíaco, si se le inocula el veneno de una de esas alimañas. En mala hora se lo comenté al maestro. Es un hombre demasiado curioso… y temerario. Dios quiera que no le haya sucedido nada. Yo mismo voy a hablar con el jefe de policía cuando salga de aquí, señora Standish y…

Habían entrado en la habitación de Aline. Un grito agudo de la señora Standish sonó en los oídos del doctor Baxter:

—¡Dios mío! ¡Aline! ¿Qué sucede…?

El médico, atónito, contempló la cama vacía, revueltas sus sábanas, la ventana abierta, el aire jugueteando con la cortinilla de flores…

Y la sangre.

La sangre que empapaba la sábana y la almohada, allí donde antes había reposado la pequeña Aline Standish.

CAPÍTULO V

A las once en punto se cerraban las tabernas y pubs de Scunthorpe, como era ritual en todo el país, incluso en las noches del sábado.

Agatha Benson, como todas las noches, terminó de liquidar cuentas con el rollizo Jim McCoy, el dueño de la Corona y el Águila, y echó a andar decidida hacia la salida del negocio, mientras se apagaban las luces de gas del establecimiento.

—Hasta mañana, McCoy —se despidió, tomando una capa que echó sobre sus anchos hombros, arrebujándose bien en ella, antes de salir a la calle. Ello no era tarea sencilla, por culpa de sus prominentes y voluminosos pechos, la gran atracción de los clientes de The Crown and The Eagle.

—Hasta mañana, Agatha —respondió el escocés afablemente, mientras contaba el dinero de la recaudación—. Y ten cuidado con el Diablo. El padre McKane dice que anda suelto por ahí...

El tabernero y su empleada soltaron una risotada, y ella salió a la neblinosa calle, cerrando tras de sí la puerta de vidrios emplomados del recinto, sin saber que el humorístico comentario del tabernero había sido realmente premonitorio.

Taconeando con energía el tosco empedrado callejero de Scunthorpe, Agatha se alejó de la pub, camino de su casa. Para ello tenía que apartarse definitivamente de la zona céntrica y mejor iluminada del pueblo, en busca de los arrabales oscuros y tortuosos. Las luces de los faroles de gas terminaron siendo simples luciérnagas borrosas, allá atrás, en la distancia.

Los pasos de Agatha condujeron a la opulenta tabernera hacia un punto donde lucía un solitario farol, marcando el inicio de una serie de callejones oscuros y malolientes. En uno de ellos tenía ella su vivienda. Más allá, comenzaba la campiña, con el sendero hacia la colina y el viejo cementerio.

Agatha Benson era una mujer práctica y valerosa, que rara vez sentía miedo u nada. Sin embargo, esta noche, una rara aprensión se apoderó de ella cuando pensó en todo eso, y tuvo que aventurarse más allá del único farol encendido de la zona.

Incluso apresuró su paso, para llegar antes a su modesto hogar, aunque interiormente se decía que aquella tontería del Diablo suelto

por las calles de Scunthorpe no era sino una completa fantasía de las personas de buena fe, como el padre McKane.

—Si se preocuparan más de poner luces que de hablar de santos y de demonios... —refunfuñó la tabernera, llegando ya a su callejón.

En ese momento, se detuvo, asombrada.

La difusa claridad del solitario farol, en la neblina, reveló de pronto ante ella a unas figuras que se movían fantasmalmente en la oscuridad. Por un momento, estuvo tentada de lanzar un grito de terror y echar a correr.

Luego, perpleja, descubrió que aquellas figuras eran simplemente las de unos niños, y todo su temor desapareció, aunque se preguntó qué diablos podían hacer allí dos niños solos, a tales horas de la noche, y en semejante lugar. Las ropas que llevaban, de buena y suave tela, no era la que correspondía a los vecinos del barrio, ni mucho menos.

Se trataba de un niño y una niña. Estaban parados en la acera, mirándola con grandes ojos ingenuos, fijos en ella. Grande ojeras oscuras rodeaban sus pupilas infantiles. Parecían perdidos e indefensos en aquel fétido lugar.

—Pero pequeños... ¿qué hacéis vosotros aquí? —se sorprendió, mirándolos absorta—. ¿Os habéis perdido acaso?

Ellos la miraron sin responder, como sonámbulos. Observó la cantinera que uno era un niño, y la otra una niña. Ambos muy pálidos. Pero no parecían tener frío, a pesar de que el niño llevaba una especie de larga túnica blanca sobre su figurilla, y la niña una prenda de dormir hasta los pies, de fina seda color rosa.

—Vamos, decidme quiénes sois y dónde vivís, y yo os llevaré a vuestras casas —dijo Agatha, cariñosa, poniéndose de rodillas ante ellos—. Hay un policía de servicio por las calles, que puede ayudamos... ¿Cuáles son vuestros nombres? ¿Dónde vivís?

—Yo me llamo Oliver —dijo el niño con voz sorda.

—Yo Aline —recitó la otra pequeña, en igual tono.

—Vivimos... en el cementerio. Como Abigail —añadió el niño, señalando a la oscuridad, a espaldas de Agatha Benson.

Esta se volvió, inquieta, y notó un escalofrío al ver aparecer, entre la niebla y la oscuridad, precisamente como si viniera del cementerio, a otra niña rubia y delicada, de grandes ojos claros, también vestida con un camisón largo de dormir sobre la figurilla aterida.

Caminaba hacia ellos con una extraña rigidez, las ojeras oscuras se mostraban también en torno a sus pupilas dilatadas, y aquella rara, cérea palidez, hacía parecer translúcida su piel. Era... como un espectro.

—¿Qué... qué os ocurre? —balbució la cantinera, viendo algo

muy raro en todo aquello. No lo entiendo... Supongo que estáis bromeando, pero éste no es lugar ni hora para juegos... Será mejor que busque al policía y...

Sucedió repentinamente. Ella exhaló un ronco grito de horror al sentir en su cuello la feroz mordedura. Se revolvió, mirando con espanto e incredulidad a los des niños que se habían abalanzado hacia ella, hincando sus dientes en su garganta y nuca, respectivamente.

Noto un dolor agudo y taladrante, al tiempo que la sangre brotaba por las mordeduras y los niños la deglutían ávidamente. Forcejeó, tratando de arrancarlos de sí, pero sus delgadas manitas aparecían llenas de fuerza al sujetarla. Fuerza increíble en unos niños...

Luego fue la niña rubia la que se precipitó sobre ella y buscó un sitio donde hincar sus propios dientes. No había otro que su busto, y allí se clavaron los incisivos, sobre el pecho izquierdo de Agatha Benson.

Un nuevo chillido de horror y agonía escapó de labios de la vigorosa matrona, cuyas fuerzas no podían nada contra la de aquellos pequeños monstruos inclinados sobre ella, en sangriento festín.

Notó que la sangre escapaba de su cuerpo por seis incisivas heridas, que se debatía entre los bracitos infantiles, diabólicamente fuertes...

Antes de hundirse en la oscuridad de la nada, Agatha Benson supo que, realmente, el Diablo andaba suelto por el pueblo, bajo la forma de unos inocentes niños perdidos.

Pero ya era tarde. Demasiado tarde para escapar a ese diabólico poder de muerte y destrucción.

* * *

Las antorchas revelaron claramente el horror.

Una lámpara de queroseno se inclinó sobre el cadáver desangrado. Las opulencias de Agatha Benson ya no provocaron el interés camal de nadie. La infortunada era una simple figura yerta, del color de la cera, exhausta y desangrada, con el pavor reflejado en su rostro, cuyos oíos desorbitados miraron sin ver al grupo horrorizado de personas que contemplaban la atroz escena.

—Pobre Agatha... —murmuró el jefe de policía, Parrish—. Tan llena de vitalidad, de energías, de simpatía para todos... ¿Quién habrá sido el bastardo que hizo esto?

—Mire, Parrish —señaló gravemente el alcalde Simmons—. Esas heridas en su cuello y seno... Le succionaron la sangre, parece obvio.

—¡Vampiros! —jadeó el doctor Baxter, sacudiendo trémulo su

cabeza—. Tres vampiros…

—Eso parece —suspiró el juez Hoggarty—. Pero no puedo creerlo. Son leyendas.

—Leyendas o no, algo o alguien dejó sin sangre a esta mujer, asesinándola —sentenció duramente el policía—. No me gusta esto. Vamos en busca de Jason Lee, y encomiarnos esto, justamente al lado del camino del cementerio…

—Y esas niñas no aparecen… —recordó sordamente el alcalde—. Primero Aline Standish, luego Abigail Carter… Las dos desaparecen la misma noche. Y ahora, esto…

—Y Jason Lee… ¿dónde está? —mascullló el juez, furioso—. ¡Son demasiados problemas sin solución, señores!

—Yo propongo que sigamos adelante —habló el alcalde—. Usted podría quedarse aquí con ese cadáver, Parrish, y llamar a uno de sus agentes. Después, podría reunirse con nosotros.

—Sí, será lo mejor —asintió el jefe de policía. Extrajo un silbato y comenzó a hacerlo sonar estridentemente—. ¿Alguien va armado?

—Yo —dijo el juez.

—Y yo —añadió el alcalde, golpeando su bolsillo significativamente—. Pero si vamos a enfrentarnos a vampiros, no veo de qué nos servirá. Llame también al padre McKane. El y su cruz pueden servirnos de algo en todo esto.

—Sigo pensando que no pueden ser vampiros —rechazó el juez Hoggarty—, Es una idea absurda, señores.

—Entonces deme una versión que explique todo, y le creeré —replicó el doctor Baxter, ceñudo.

—¿Usted también va a aceptar lo sobrenatural como posible, doctor? —se escandalizó el juez de Scunthorpe.

—Yo estoy dispuesto ya a aceptar lo que sea, después de los hechos ocurridos en este maldito pueblo, juez —refunfuñó con disgusto el médico, echando a andar junto con los demás, camino de la vivienda arrendada por Brenda Mouldar a Jonathan Fisher.

Howard Parrish, el jefe de la policía local, se quedó junto al cuerpo sin vida de Agatha Benson, esperando la llegada de sus subordinados. Los demás siguieron adelante, perdiéndose en las sombras de la noche, hasta que la niebla solamente reveló la lejana presencia de las llamas de las antorchas y faroles, sendero arriba, hacia la colina. Hacia el viejo cementerio. Y hacia la mansión del forastero misterioso, Jonathan Fisher.

Iban dispuestos a encontrar a Jason Lee, vivo o muerto.

Y si algo le había ocurrido al joven maestro de escuela, estaban decididos, de una vez por todas, a poner el asunto en claro, castigando al culpable de todos los misteriosos sucesos que tenían por escenario el pueblo, de Scunthorpe en aquellas últimas semanas.

* * *

Era el despertar en la Muerte.

El volver a la vida entre los No-Muertos. Una falsa resurrección. La de un hombre que se había convertido en vampiro.

A partir de allí quizá fuese cierto que gozaría de la vida eterna. Una vida infernal, siniestra, atado a los apetitos sangrientos de los No-Muertos, de los vurdalaks de las viejas leyendas eslavas.

Y él, Jason Lee, estaba viviendo ahora aquella experiencia.

Abrió sus ojos. Miró en derredor, a los húmedos muros del recinto lóbrego y sombrío en que se hallaba al despertar. Estaba tendido en alguna parte, boca arriba. Miró al techo, alto y abovedado, de piedra negra, reluciente de humedad, salpicada por el verdor del musgo.

El lugar olía a muerte, a silencio, a ultratumba. Y era su mundo de ahora. El que disfrutaría por una eternidad.

Recordó vagamente las explicaciones siniestras de Jonathan Fisher, el investigador loco. Y la rápida inoculación del veneno, tratado como una especie de vacuna contra la muerte, para conceder al inmunizado una eterna vida en las tinieblas y en el horror.

Se incorporó lentamente. Ni siquiera estaba atado. Sencillamente, le habían dejado allí, a la espera de la «resurrección». En una extraña cripta, un subterráneo negro y viscoso como la misma vida que le esperaba en el futuro.

Recordó nítidamente los momentos en que Jonathan Fisher, aprovechándose de su abstracción en el momento de la experiencia con el reptil, le inoculó por sorpresa lo que había de significar para él una vida que no era tal, sino una pesadilla sin fin, más allá de la misma muerte, repitiendo los mismos hechos terribles que había visto realizar al reptil víctima del experimento: nutrirse de sangre de sus semejantes.

—Soy un vampiro… —susurró, estremeciéndose—. Ahora soy un vampiro…

Se puso en pie, caminando lenta, rígidamente, por el lóbrego sótano, posiblemente situado bajo la casona que ocupaba Fisher. Se miró sus manos, vislumbrándolas como simples sombras pálidas en aquella oscuridad profunda, quebrada solamente por algún vago reflejo que llegaba de un altísimo ventanuco enrejado, allá junto al techo de la bóveda subterránea.

Trató de encontrar en sí mismo algo diferente, algo que no fuese lo que había sido antes, cuando él era un ser normal. Sabía positivamente que tenía que ser un monstruo, un vampirizado por la

experiencia diabólica de Fisher, ya que la dosis de veneno de tarántula inoculado en sus arterias, era decididamente mortal y, de no ser un No-Muerto en estos momentos… sería simplemente un cadáver vulgar.

—Hubiera deseado serlo —se dijo a sí mismo con horror—. Vivir así… no es vivir. Es deambular en busca de sangre ajena, en un mundo de tinieblas, de polvo, horror y muerte… ¡No quiero disfrutar de semejante eternidad! ¡No deseo ser un monstruo, sino solamente un hombre… o un cadáver que se pudra y se convierta en huesos y polvo, como los demás!

Pero era clamar en un desierto, y él lo sabía. Aquellos negros muros rezumantes de humedad, no iban a dar respuesta ni solución a sus problemas. Si él era ahora lo que temía ser, ya nada ni nadie podría evitarlo, por mucha que fuese su desesperación.

Contempló la claridad difusa que se filtraba por entre los barrotes de alto ventano angosto. Debía ser de noche. Acaso claridad de luna o de estrellas… Se estremeció, sintiendo un frío glacial en todo su ser.

La noche.

La noche… y él.

Era la eterna leyenda de los transilvanos. El mito eslavo. Los vurdalaks, los hombres-lobo, los vampiros… Sí, era la trágica historia de los No-Muertos, hecha cruda realidad en su persona, en él mismo. Vivir de noche. Resucitar con las tinieblas, salir en busca de— sangre… y volver a dormir un falso sueño de muerte durante las horas del día. Hasta que alguien terminara con él, decapitándole o clavándole una estaca en el corazón.

Pensó en su trabajo como maestro de escuela, en su pasada tarea en Birmingham, en sus sueños de profesional, allá en Londres, cuando estudiaba para ser lo que ahora era. Lo que no podría volver a ser ya jamás. El viaje a Scunthorpe, un bonito rostro pelirrojo, una muchacha llamada Pamela…

Cerró los ojos, apretó sus puños con rabia, se mordió el labio, iracundo, clamando por todo lo que aquel monstruo humano de Jonathan Fisher le había arrebatado inicuamente, sólo porque él quiso llegar demasiado lejos, quiso ser excesivamente curioso…

No quería renunciar a todo lo que su joven vida le ofrecía. Y ahora…

De repente, se llevó la mano a los labios. Se tocó. Miró sus dedos a la claridad difusa del ventanuco y notó la oscura mancha de sangre. Se había mordido a sí mismo, llevado de su ira. Aún tenía sangre en las venas, como cualquier ser viviente, se dijo.

Eso le hizo recordar algo. Los vampiros tenían siempre sus incisivos prolongados. Era una característica de los No-Muertos. Se tocó la boca, rozó sus dientes, palpó uno a uno todos ellos.

Eran iguales. Idénticos entre sí. Como los tuvo siempre. Los incisivos no sobresalían…

Claro que el «vampirismo» de Jonathan Fisher podía ser diferente. Esto no era una maldición. No se trataba de una leyenda, sino de una experiencia científica para provocar primero la muerte, luego la resurrección… y finalmente la supervivencia eterna, en una especie de muerte en vida. Quizá ciertos rituales no se producían. Los incisivos, los ajos, el crucifijo, la estaca en el corazón…

—Dios mío, ¿qué clase de prueba es ésta que estoy viviendo? —gimió, exasperado, cayendo de rodillas, abriendo sus brazos en cruz, en una plegaria patética.

Y, de pronto, se quedó mudo. Rígido. Una excitación súbita recorrió su ser.

Había nombrado a Dios. Había puesto sus brazos en cruz Y nada sucedía.

Además… no notaba sed de sangre. Le repugnaba horriblemente tal idea. Sentía asco, horror de semejante posibilidad. Pensó dulcemente en Pamela Standish. La hubiera estrechado contra sí, hubiera besado sus labios… Pero jamás pensaría en «vampirizarla» a ella. Ni a nadie.

—Es más… —jadeó—. Siento sed. Sed de agua, de cerveza, de café, de algo concreto. Y noto apetito… ¡Sí, apetito! Pero apetito de víveres sólidos, de alimentos sabrosos, de un buen guiso de la señora Standish…

Esto era algo. Significaba algo. Recorrió el subterráneo, con frenético entusiasmo. Golpeó los negros muros mojados, casi con frenesí.

—¡No ha resultado! —clamó—. ¡Por la cuestión que sea, no ha resultado! ¡Jonathan Fisher ha fracasado conmigo! ¡No sólo no estoy muerto, sino que tampoco estoy vampirizado! ¡Lo que logró con ese reptil, con otros animales, con aquel hombre en otro lugar del país, no ha salido bien conmigo, después de todo! ¡Sigo siendo yo, YO MISMO, Jason Lee! ¡Dios mío, gracias, gracias de todo corazón, Señor!

Y sintió ganas de llorar. Y aunque era un hombre, lloró. Lloró como no había llorado desde que era un chiquillo.

CAPÍTULO VI

El pesado llamador retumbó sordamente al ser golpeado. Martilleó la recia puerta, y sus ecos rebotaron por todo el interior de la sombría casa de la colina.

Permanecieron los hombres de las antorchas y las lámparas inmóviles ante la fachada oscura del edificio en silencio y en sombras. Ya se había unido el jefe de policía Parrish a todos los demás, junto con dos de sus hombres, armados como él mismo.

—¡Abra! —ordenó con voz potente Parrish—. ¡Abra en nombre de la ley, Jonathan Fisher!

Su voz se perdió, como las llamadas del aldabón, en los interiores amplios y lóbregos del caserón, sin llegar respuesta alguna hasta ellos. Siguió un silencio profundo.

—Insistamos una vez más —sugirió el alcalde Simmons—. Si no responden, echaremos abajo esa puerta.

Asintió el juez Hoggarty, presente en la circunstancia para reforzar el poder legal de los reunidos. Parrish martilleó de nuevo con el aldabón, haciendo temblar la puerta. Las resonancias se perdieron allá lejos, entre los muros.

—¡Por última vez, Jonathan Fisher, abra la puerta o entraremos a viva fuerza! —tronó el policía—. ¡Venimos a registrar su casa, con el juez presente en la diligencia!

Otra vez los ecos, hasta irse amortiguando paulatinamente, sin recibir respuesta. En medio del silencio que siguió al intento, el doctor Baxter farfulló, impaciente:

—Nadie duerme de modo tan profundo que no pueda estuchar eso. Ni la vieja bruja ni el inquilino quieren abrimos... o han escapado ya, después de sabe Dios qué felonía...

—Cielos, pobre señor Lee —jadeó el alcalde Simmons—. Si algo le ha sucedido...

Empezaron a cargar contra la puerta con recios troncos. Un policía disparó su arma contra la cerradura de la vería, y ésta cedió. Se dedicaron a asaltar la recia hoja de madera.

—¿Que sucede aquí? —preguntó una voz tras ellos, en la negrura de la noche, sobresaltándoles.

Se volvió Parrish, pistola en mano, pero se detuvo al reconocer a tiempo, a la luz de las antorchas, al padre McKane, provisto de su

Biblia y de un gran crucifijo de plata, procedente de su iglesia.

—Dios sea loado, padre —resopló el jefe de policía—. Buen susto nos dio... Estamos intentando entrar aquí.

—¿A viva fuerza? ¿Por qué motivo?

En rápidas palabras, se lo explicó el jefe de policía. McKane se persignó, mirando la mansión con inquietud. Sus ojos reflejaron preocupación.

—Dios quiera que no sea demasiado tarde —murmuró—. ¿Por qué no habló antes de todo eso el doctor Baxter? Jason Lee no era la persona adecuada para investigar esto...

—Lo sé —se excusó el médico—. Pero nunca pude imaginar que las cosas llegaran tan lejos. Era sólo una simple sospecha sobre ese Fisher, no podría arriesgarme a acusarle de nada.

—Y ahora. Jason Lee ha desaparecido... y esa pobre mujer ha muerto desangrada en plena calle —suspiró el sacerdote—. Dios quiera que no estemos ya enfrente mismo de Satán.

—¿Le teme acaso, padre? —había cierto tono de ironía en el juez Hoggarty.

—No —replicó dignamente el sacerdote—. Pero temo por nuestro amigo Lee. El si pudo ser su víctima. Yo no temo nada por mí. Sólo por ustedes. Confío en que mi fe me salve.

—¡Ya está! —tronó la voz triunfal del alcalde Simmons—. ¡La puerta se abrió, señores!

Era cierto. Habían vencido la barrera final entre ellos y la ominosa oscuridad del interior de la vivienda. Todos los ojos se clavaron en esas tinieblas, aprensivamente. Se miraron luego entre sí, indecisos.

—Y bien, ¿quién entra primero? —preguntó el doctor Baxter.

—Yo —dijo el padre McKane resueltamente, alzando su crucifijo —. Vamos allá, amigos. Si los poderes con los que nos enfrentamos son los de Satán, confío en dominarlos. Síganme todos.

Le siguieron resueltamente, inundando de luz el amplio hall, con sus faroles y antorchas. Las sombras parecieron huir a su paso, como seres vivos y amedrentados. Pero no había huella alguna de ser viviente ante sus ojos.

—Esa escalera —indicó McKane—. Vamos a la planta alta.

—Vayan ustedes —repuso el jefe de policía—. Yo me quedo aquí, en la entrada, con uno de mis agentes. Si las fuerzas con que nos enfrentamos son humanas, pueden intentar la fuga mientras todos nos dirigimos a un mismo lugar.

—Es una prudente idea, Parrish —aceptó el alcalde—. Quédense con una luz, pero no se confíen en absoluto. Recuerden que había huellas de mordeduras en la infortunada Agatha Benson. Podríamos enfrentarnos a auténticos vampiros.

—Estaremos prevenidos —asintió el jefe de policía—. Soy católico y llevo mi cruz al cuello. Espero que baste, si las balas no detienen a quien pretenda huir.

Se separaron, iniciándose el acceso a la planta alta del sombrío caserón. No tardaron en alcanzar un amplio recinto, cuya puerta hubieron de abatir también, para internarse en aquella sala abovedada, repleta de útiles de química y de análisis.

Fue el doctor Baxter quien, lleno de horror, hizo el descubrimiento. Rápido, gritó a todos, apenas pisó el laboratorio de Jonathan Fisher:

—¡Atrás! ¡Cuidado, no pisen allí! ¿No ven eso? ¡Son... son reptiles, tarántulas... todos en libertad! ¡Vienen a atacarnos, véanlos...!

Era cierto. A los pies de los horrorizados visitantes de media noche, un escalofriante ejército de alimañas monstruosas, de criaturas de pesadilla, dignas del sueño de un hombre en pleno delirium tremens, cubrían el suelo y rozaban sus pies o subían a sus zapatos, para reptar por sus pantalones, intentando alcanzarles.

Eran lagartos, culebras, arañas y escorpiones en legión, formando una dantesca fuerza venenosa que podía matarles a todos en escasos segundos.

* * *

Jason Lee forcejeó con la puerta del sótano. Estaba herméticamente cerrada por fuera, y parecía totalmente imposible abrirla, pese a todos sus esfuerzos. No le gustó la idea de permanecer allí encerrado.

La noche no ejercía sobre el influencia nefasta alguna, se daba perfecta cuenta de ello, y eso le llenaba de júbilo y de esperanzas. Seguía siendo él mismo, y estaba dispuesto a luchar por su vida, por su libertad, fuese como fuese, aunque aquel maldito Jonathan Fisher intentara convertirle de nuevo en un No-Muerto. Esta vez iba a serle todo mucho más difícil, si es que llegaba a conseguirlo.

Se apartó de la puerta, sólida y maciza. Era inútil seguir intentándolo. No adelantaría absolutamente nada por ese camino. Dio varias vueltas al subterráneo, preguntándose por que le habría encerrado allí el científico, si tenía pensado utilizarle como vampiro con alguna tenebrosa finalidad. Ahora empezaba a explicarse Jason el hecho de la resurrección del niño, Oliver Atwill. Nunca le fueron nocivas las bayas silvestres ni el corazón, sino el veneno de tarántula de Jonathan Fisher. Después de morir, se convirtió en... en un niño-vampiro, tal vez. ¿Habría resultado en él tan diabólico experimento?

Además, él sabía lo que iban a hacerle. Eso explicaba sus

misteriosas palabras a los otros niños... —sufrió un estremecimiento, recordando a Abigail, a Aline, a Randy—. Tal vez pronto... TODOS los niños de Scunthorpe sean vampiros...

Su búsqueda dio resultado cuando menos lo esperaba. Se enfrentó a unos pilares de piedra que, a su impulso, cedieron lentamente, mostrándole un angosto y lóbrego camino lleno de sombras, que conducía a alguna parte. Una fétida vaharada a recinto cerrado y lleno de humedad le hirió el olfato.

No importaba mucho. Cualquier cosa era mejor que permanecer allí indefinidamente. Salió del recinto abovedado, metiéndose resueltamente por la estrecha abertura. Una especie de pasadizo, cuyas paredes húmedas rozaban sus hombros, le llevó por aquellos sótanos, en dirección a un punto ignorado.

Jason Lee no sentía miedo ya. No podía sentirlo. Era un hombre que había vencido a la muerte... y a algo infinitamente más terrible, más allá de la propia muerte. Se consideraba ya capaz de arrostrarlo todo sin el menor temor.

El camino fue prolongado, interminable casi. Cuando ya desesperaba de encontrar una salida, y el aire empieza a hacerse denso, viscoso c irrespirable, notó una rendija de luz ante sí, cortando verticalmente las tinieblas.

—La rendija de una puerta, quizá... —susurró roncamente—. Debo comprobarlo.

Creyó oír voces al otro lado de la piedra sólida que tocaron sus manos. No le importó. Estaba dispuesto a todo. Presionó la pared. Chirriaron las piedras, sobre algún secreto eje... y se deslizaron, dejando franca la salida del pasadizo secreto.

Jason Lee lanzó una exclamación de asombro.

Varios hombres se volvieron hacia él. La luz le hizo cerrar los ojos, cegados por el repentino resplandor. Notó que algunos cuerpos reptantes tocaban sus pies, subían por sus pantalones...

—¡Jason Lee! —gritó alguien—, ¡Miradle! ¡Parece un... un vampiro! ¡Matadle!

Jason abrió sus ojos, tratando de gritar desesperadamente para evitar el error. Al mismo tiempo, vio la clase de criaturas que reptaban por sus piernas, sobre el pantalón.

Y supo que la muerte estaba en dos lugares: en las armas de aquellos hombres, convertidos de pronto en sus enemigos mortales... y en las mordeduras o picaduras de aquellos pequeños monstruos del espantoso museo científico de Jonathan Fisher, subiendo hacia él, buscando ávidamente su piel para herirla fatalmente...

* * *

—¡Esperen, no sean locos! —gritó, mientras agitaba sus piernas, pateando a los animales, arrojándolos lejos de si o aplastándolos a rabiosos pisotones—. ¡No hagan nada! ¡Soy yo mismo, Jason Lee! ¡Pero nadie me ha vampirizado, por el amor de Dios!

—¡Sí, esperen! —jadeó el padre McKane, que bajó su crucifijo, dedicándose de lleno a salvar sus piernas del acoso de las alimañas mortíferas que pululaban en torno—. Ha nombrado a Dios... y no teme a la cruz. No es un vampiro, no es una criatura de Satán, estén seguros...

—Podía haberlo sido —masculló Jason, continuando su acción de pisotear y atacar rabiosamente a los pequeños enemigos—. No me pregunten por qué no ha sido así, porque lo ignoro... Cielos, tenemos que acabar con estos diminutos monstruos. Ellos sí que son ahora nuestros peores enemigos...

Ellos parecían pensar como él. El padre McKane, el alcalde, el juez, el doctor Baxter y un policía uniformado, disparaban o pisoteaban sin piedad, aniquilando al espantoso ejército de alimañas de Jonathan Fisher.

En pocos momentos, el laboratorio quedó convertido en un cementerio de temibles animales venenosos. Jason acabó con dos tarántulas que pretendían huir hacia el pasadizo subterráneo, aplastándolas con un taburete. Respiró hondo, apoyándose en el muro.

Miró a los otros. Y ellos a él.

—¿Y Jonathan Fisher? —preguntó Jason—. ¿Dónde está él?

—Eso queríamos preguntarle, Jason —dijo el padre McKane cansadamente—. ¿Era de él todo este... este ejército?

—Sí, lo era —resopló el joven maestro de escuela—. Les horrorizará saber cuál es su plan, su proyecto... Si ha huido, se habrá llevado consigo el veneno, convertido en horrible vacuna contra la muerte natural... y en virus de otra muerte infinitamente peor que todas las imaginadas.

—¿Qué quiere decir? —habló Simmons, jadeante todavía—. Cuando sepa usted lo que ha ocurrido esta noche en el pueblo, señor Lee... No puedo creer que de ello sea culpable es maldito Jonathan Fisher...

—Pues lo es, estoy seguro —avanzó Jason hacia ellos—. ¿Díganme, realmente tengo aspecto de vampiro?

—Al principio nos lo pareció. Tan enlutado, tan pálido, tan ojeroso... Era como si saliera de una tumba.

—Es que así es, amigos míos —sonrió tristemente Lee—. He salido de la tumba... Yo... yo he estado muerto. Jonathan Fisher me mató con un veneno. Como murieron Oliver Atwill, el maestro Wilding... Veneno de tarántulas, que no deja huella, y paraliza el

corazón. Pero tratado de un modo que él solo puede… puede convertir a un difunto, posteriormente, en un No-Muerto, en alguien que goza de vida eterna. Pero una vida aterradora. La vida de un vampiro.

El padre McKane se acercó a él. Le miró de cerca. Apoyó la cruz de plata contra su frente. Sonrió luego y Jason le devolvió la sonrisa. Negó despacio el religioso.

—Quería convencerme. No podemos fiarnos de nadie ya —y le refirió lo sucedido con Agatha Benson, la desaparición de Aline Standish, la sangre en su lecho. Jason escuchó ensombrecido—. ¿Se da cuenta? Realmente el Diablo anda suelto por Scunthorpe. El mal existe, venga de donde venga. El propio Lucifer debió alimentar semejantes ideas en ese hombre, para dirigirle hacia tales experiencias diabólicas… Venga con nosotros, Jason. Tenemos que luchar todos unidos contra ese monstruo y su obra. Me temo… me temo que son varios los vampiros que andan sueltos en derredor. Lo que fracasó en usted, ha tenido éxito en otros…

—¿En… los niños? —se estremeció Lee, horrorizado.

—Sí, es muy posible —afirmó tristemente el doctor Baxter—. En los niños…

Salieron del destrozado laboratorio, donde Jason observó que ya no quedaban muestras del verde veneno acumulado por Fisher en su tubo de ensayo. Ni volvería a obtener más. Su colección de pequeños monstruos de libertad estaba aniquilada de modo definitivo.

Cuando abandonaron la casona, sin hallar rastro de su inquilino ni de su misteriosa propietaria, fue como dejar atrás una espantosa pesadilla que, al llegar el día, les parecería a todos realmente increíble.

Pero que estaba allí. Que existía. Y que distaba mucho de haber quedado definitivamente atrás.

Eso podrían comprobarlo muy pronto por sí mismos.

CAPÍTULO VII

Las dos mujeres sollozaban, abrazadas entre sí patéticamente.

Jason Lee las contempló larga, fijamente, mientras tomaba un sorbo de café, apoyado en la chimenea del confortable gabinete de las Standish.

Hubiera querido decir algo, pero no supo el qué. Por eso optó por permanecer callado sin dejar de contemplar a aquellas dos infortunadas madre e hija, azotadas por la trágica circunstancia de haber perdido a una hija casi virtualmente.

El conocía el terrible secreto. No había querido revelárselo, pero ellas confiaban ya muy poco en recuperar a Aline, a la pequeña de la casa. Era algo instintivo, algo que anidaba en sus corazones de madre y de hermana, sin saber ellas mismas la razón de su sombrío presentimiento.

Estaba amaneciendo ya, y aún no se había acostado el joven maestro de escuela, tras los acontecimientos de aquella noche interminable y dantesca. Sabía que, de haberlo hecho, tampoco hubiera podido conciliar el sueño. Era demasiado siniestro lo vivido en las últimas horas, pura que su cansado cuerpo y su atormentado cerebro pudieran entregarse al reposo fácilmente.

Acababa de llegar de la Morgue, tras contemplar allí, sobre mía fría losa de mármol, el cadáver exangüe de Agatha Benson, la cantinera de los grandes senos. Una mujer llena de vida y de arrogancia, era ahora solamente un cuerpo céreo, rígido y helado. Seis incisiones marcaban la evasión de su sangre y de su vida.

Seis orificios. Seis mordeduras. No había lugar al error. El doctor Baxter lo había confirmado taxativamente. Eran seis incisivos humanos, taladrando la carne de la mujer hasta alcanzar sus arterias, desangrándola.

Seis marcas de vampiro.

Y una palabra, una frase del doctor Baxter, había tenido un terrible significado para todos los reunidos en la lúgubre sala del depósito de cadáveres de Scunthorpe:

—Son incisivos… Largos, sí, pero sorprendentemente pequeños… Como los de un niño…

Un niño. No. Tres. Tres niños.

El honor sacudía aún a Jason Lee. Sabían de la desaparición de

Aline Standish. Y de Abigail Carter. El tercero podía ser... Oliver Atwill.

Tres criaturas... Tres monstruas sueltos, movidos por un influjo diabólico. Los niños que jugaban a macabros juegos. Los juegos aficionados a visitar el cementerio.

Y ahora...

Cerró los ojos. Los ahogados sollozos de ambas se habían detenido un instante. Lee trató de ser animoso, de darles una esperanza:

—No desesperen. Aún no se sabe nada a ciencia cierta. Las niñas aparecerán, estoy seguro.

—Aparecerán... —los ojos enrojecidos de Pamela se volvieron hacia él, con un desgarrador patetismo que le hirió en lo más hondo—. Pero ¿cómo? Esa sangre en su lecho, Jason, esos sucesos terribles que tienen lugar en Scunthorpe...

Y eso que ignoraban el hallazgo científico de Jonathan Fisher. Eso que ignoraban su propia historia, el veneno de las tarántulas...

—No hay nada seguro, Pam —trató aún de rebatir con escasa convicción interior—. Sólo sentimos temores inconcretos. Algo que no tiene un sentido exacto. Nada nos dice que tenga que haber sucedido lo peor.

—Mi corazón me dice que sí, señor Lee —musitó la señora Standish, con sus hermosos ojos arrasados por el llamo—. Presiento que he perdido a mí Aline, que nunca más voy a recuperarla ya.

Jason no supo qué responder. Paseó en silencio por la estancia. Se detuvo ante el balcón, por el que se filtraba ya la luz neblinosa de una mañana grisácea y triste. Sacudió la cabeza, pensativo.

—La policía busca por todas partes —dijo—. Si ese hombre y la vieja Brenda Mouldar han raptado a las niñas, los encontrarán. Y a Aline y a Abigail con ellos...

—Existen mil cosas peores que el rapto, Jason —se lamentó Pam, clavando en él sus ojos profundos—. Y usted lo sabe.

No tuvo fuerzas para mirarla. Siguió contemplando el exterior, la calle empinada y desierta del pueblo, la neblina acumulándose entre los rojos edificios, las puertas y balcones cerrados, los faroles de gas brillando aún mortecinamente en el amanecer.

—Tengan fe —dijo roncamente—, A pesar de todo, tensan te, amigas mías.

Y bruscamente, dio media vuelta, saliendo de la estancia, para encaminarse a su habitación, escaleras arriba.

Una vez en ella, cerró la puerta tras de sí. Se contempló en el espejo sombríamente.

No le había faltado razón al alcalde Simmons para confundirle con un vampiro. Su aspecto era desolador. Pálido, ojeroso, mal

afeitado, taciturno y grave el gesto. Sin embargo, continuaba sintiéndose perfectamente normal, sin instintos infrahumanos. El doctor Baxter le había hecho otro examen a fondo, apenas regresaron de la siniestra casa de Jonathan Fisher. Y se había quedado una muestra de su sangre para analizar. De todos modos, los indicios eran optimistas. No parecía que el misterioso y demoníaco suero de Fisher hubiese alterado su naturaleza de ser humano. Aunque Baxter captó indicios de haber sufrido un colapso cardíaco sin explicación clínica posible, su organismo continuaba invariable.

Y, por otro lado, el padre McKane había agotado con él sus pruebas de tipo religioso, sin que él se sintiera afectado en lo más mínimo. Su última visita, antes de regresar a casa de las Standish, había sido a la iglesia local.

Arrodillado ante el crucifijo de Cristo, había orado unos momentos, dando gracias física y espiritualmente al experimento de Jonathan Fisher. Habíase sentido en paz consigo mismo y con el Señor en esos momentos. Nada del templo le provocó aversión o rechazo. Seguía siendo él mismo… a menos que la vampirización científica no diese los mismos síntomas inconfundibles de aquel otro vampirismo de que se hablaba en las leyendas centroeuropeas. El padre McKane creía que no podía ser así, puesto que estaba la clara evidencia de los escritos obscenos y blasfemos en varios casos, indicando la naturaleza anticristiana y diabólica de los contaminados.

Por otro lado, Jason Lee recordaba su propia experiencia personal con la pequeña Aline en casa de las Standish, cuando logró romper su muro de fingimiento y extraerle la verdad de lo que sentía, de sus odios y de su furia interna de niña anormal.

Le hubiera gustado estar seguro de algo, pero no le era posible. Sentía mil y un temores. Por él, y por los demás. No pudo evitar seguir pensando en todos ellos, mientras se aseaba un poco, y afeitaba su rostro macilento, en un empeño por mostrar mejor aspecto. Tal vez la muerte, después de todo, en las horas en que le tuvo en su reino de tinieblas, le había impreso su señal indeleble en el rostro.

Pero él, a fin de cuentas, había estado muerto. Y había vuelto de las sombras, con la interna y terrible convicción de que había atravesado la gran frontera, siendo el único ser humano que volvió a cruzarla en sentido inverso, conservando su propia naturaleza.

Eso era algo que jamás podría olvidar, por muy larga que fuese su actual existencia. Aunque nada recordaba, nada sabía. Aquel profundo sueño de la muerte no había dejado recuerdos en su mente. Era como si el gran secreto, el inviolable misterio que todos los hombres buscan, siguiera siéndolo incluso para el que ha penetrado en él una vez, regresando después.

—¿Sentiría Lázaro lo mismo que yo… o él pudo ver más? —se

preguntó de repente Lee, con cierta morbosa curiosidad, una vez que su aspecto hubo mejorado, y sus ropas negras fueron sustituidas por otras grises, bastante menos sombrías.

No había respuesta. En ninguna parte. Quizá vaha más no buscarla. Ese era el punto del asunto que debía quedar en la oscuridad para siempre. No deseaba atormentarse con su increíble experiencia.

Era lo demás lo que importaba. Aline, Abigail, Oliver... y todo lo demás.

Ya el día era mucho más claro, aunque no lograba disiparse del todo la niebla matinal, ni el aspecto de la mañana resultaba mucho más alegre. Una especie de intangible palio de tristeza parecía cernirse extrañamente sobre Scunthorpe.

Regresó a la planta baja, sintiendo cierto almo al ver que ya no estaban allí madre e hija. Las imaginó en alguna habitación, confortándose mutuamente, o vencidas por la fatiga, el dolor y el sueño.

Luego se encaminó a la calle y salió a la neblina de la fría mañana. El aire era tan húmedo que, a su roce, sentía la piel mojada, como golpeada por millones de gotitas de agua o rocío. Sin embargo, no lloviznaba siquiera.

Echó a andar calle abajo. Era domingo, no podía olvidarlo. El día del Señor. No dejaba de tener cierto sarcástico contrasentido aquello. Las campanas de la iglesia estaban comenzando a tañer llamando los oficios religiosos de primera hora. Sacudió la cabeza. Compadecía al padre McKane. El pobre tampoco descansaba mucho...

Todo estaba cerrado, y lo estaría durante todo el día. Ni siquiera las cantinas abrían en domingo, para respetar la festividad. Él tenía ganas de café. Se detuvo ante el puesto de policía local y entró.

No estaba el jefe de policía, Parrish. Se había ido a dormir, le dijo el cabo Holborn, su ayudante, que bostezaba, calentándose ante una chimenea bien encendida. Le ofreció café, y Jason aceptó inmediatamente sin hacerse rogar.

—¿Todo igual? —quiso saber, mientras tomaba la caliente infusión.

—Absolutamente igual, señor —manifestó el cabo, meneando la cabeza. Sus grandes bigotes rojizos adornaban un rostro ancho y saludable, bajo la gorra policial—. Es para volverse loco, ¿no cree? A las niñas y a esa maldita pareja de endemoniados, parece habérselos tragado la tierra. Sin embargo, en alguna parte tienen que estar...

—Sí, por supuesto —asintió sombríamente Lee—. En alguna parte tienen que estar...

Y, de súbito, se quedó callado, mirando fija, sorprendentemente, al buen cabo de policía. Algo que éste había dicho, le sobresaltó de modo imprevisible, y ahora una excitación súbita recorría su cuerpo,

haciéndole entrar en calor más activamente que todos los cafés y chimeneas del mundo.

—¿Le ocurre algo, señor? —preguntó Holborn, solícito, al notar su repentino mutismo y la fijeza de su absorta mirada.

—Cielos, Holborn, ha dicho usted algo… algo que puede que tenga mucho sentido. Más del que supone…

—¿Yo? —parpadeó, perplejo, el cabo de la policía local—. Temo no entenderle, señor…

—Eso que mencionó… Que parecía como… como si se los hubiera tragado la tierra a todos ellos…

—Bueno, pues sí, lo dije, pero… ¿qué sentido puede tener eso?

—Mucho, sargento. —Lee se puso en pie, preso de su repentina excitación—. ¿Quiere reunir a algunos de sus hombres? Si no se molesta en llamar a su jefe, es igual. Déjele que descanse. Yo iré en busca del padre McKane, por si nos es necesario. Esté preparado para dentro de diez minutos, aquí mismo. Con gente y con armas.

—Peto… ¿qué pretende, señor? No sé si debo dejar el puesto abandonado. Yo…

—Sargento, si quiere que su jefe le felicite por el servido hecho, vale más que se decida. Deje a un número aquí. No creo que ahora, a pleno día, suceda nada nuevo en Scunthorpe. Sin embargo, sí puede suceder algo cuando nosotros lleguemos a… a cierto lugar.

—Está bien, señor. Dispondré a todos los hombres que tengo de servicio. Son sólo tres, si he de dejar a uno aquí, pero…

—Serán suficientes. Ellos tres, usted, yo… y el padre McKane. No creo que haga falta nadie más.

Salió disparado, sin dar más explicaciones, y, una vez, solo, el cabo Holborn se preguntó si hacía bien en fiarse de las palabras excitadas de aquel hombre que, después de todo, era sólo un maestro de escuela, y forastero por añadidura.

Pero la esperanza de un éxito en su servicio, y lo que supondría ello a ojos de todo Scunthorpe y, sobre todo, de su propio jefe, le hizo seguir adelante con todo aquello, pese a sus naturales reservas sobre el caso.

Menos de diez minutos más tarde. Lee estaba de regreso con un padre McKane de aspecto fatigado, pálido y ojeroso, pero animosamente dispuesto, con su cruz de plata en una mano, y los Evangelios en la otra, a ir hasta el mismo fin del mundo, si era preciso, siguiendo la corazonada repentina del joven maestro.

—Vamos allá —invitó Jason, más que ordenó, haciendo un gesto a los policías reunidos por Holborn en su puesto de servicio—. Cuanto antes, mejor.

Salió la pequeña comitiva, cruzando la población desierta, cuyas calles vacías y brumosas parecían contemplar con asombro aquella

maniobra matinal, que ningún ojo humano presenciaba.

McKane, por el camino, miró pensativamente a Jason Lee, que caminaba junto a él.

—¿Cree usted que podemos encontrar algo allí? —su voz expresaba duda.

—Es la única posibilidad, padre —asintió Lee.

—Recuerde que ya estuvimos anoche en ese lugar. No había nada.

—No lo he olvidado, padre. Pero estoy seguro de que solamente buscamos de un modo rutinario, donde otras veces lo hicimos ya, encontrando algo. En cambio, allí donde me sugirió el comentario casual del cabo Holborn… allí no. No hemos buscado nunca. Y la más fría lógica hace suponer que ése es el lugar.

—Tal vez tenga razón usted, después de todo —musitó roncamente el sacerdote—. Pero sí realmente es así… ¿qué espera que encontremos, Lee?

—Eso, sólo Dios lo sabe —suspiró el maestro de escuela, con tono preocupado.

La comitiva siguió adelante, hasta rebasar los suburbios de la población. Pasaron por el lugar exacto donde una muerte alucinante sorprendió a Agatha Benson la noche antes, y Jason se estremeció al ver la mancha de sangre, extendida sobre el empedrado, más visible ahora, a la claridad del día. Los policías también se miraron entre sí, en medio de un significativo silencio.

Luego se alejaron de las últimas casas rojas del pueblecillo. Empezaron a remontar el sendero de la colina. Iban hacia el viejo cementerio y la casona de Brenda Mouldar.

Un camino de pesadilla, que ya Jason había recorrido antes en ambos sentidos. Evocar aquellos momentos le producía un escalofrío. Pero un ánimo renovado, una decisión interior que sabía inflexible, le conducía otra vez por aquel camino hacia la muerte y el terror.

Los policías empezaban a sentirse incómodos, eso era evidente. Sólo el religioso y el maestro se mostraban inalterable, a la cabeza de la reducida comitiva.

Finalmente se detuvieron.

Ante las puertas del cementerio.

El cabo Holborn parpadeó, mirando a sus hombres. Luego escudriñó a Lee.

—¿Ya hemos llegado, señor? —preguntó.

—Sí —afirmó Jason—. Ya hemos llegado.

—El cementerio… —resopló el cabo, nada complacido—, Pero… pero aquí estuvimos ya anoche, señor…

—Lo sé. Pero no buscamos donde debíamos, cabo. Ahora sí lo haremos. Vamos allá. Y estén preparados para cualquier cosa.

La advertencia distó mucho de tranquilizar sus ánimos. Ellos eran policías. Podían enfrentarse a delincuentes a alborotadores e indujo a peligrosos criminales, llegado el caso. Pera dar la cara a cosas que no eran de este mundo resultaba muy diferente. El viejo cementerio no era lugar donde se movieran cómodamente, eso saltaba a la vista.

Y he ahí que, de repente, el maestro de escuela recién llegado, les hacía enfrentarse una vez más a lo que ellos más temían: aquello que no era material ni podía combatirse con medios materiales tampoco.

Penetraron, pese a todo, en el viejo cementerio. Este, a la claridad de la mañana brumosa y gris, parecía aún más siniestro que en cualquier otra circunstancia. Las viejas cruces y lápidas a medio derruir, aparecían como fantasmas de piedra sucia en la niebla, a medida que se adentraban en el recinto mortuorio.

—Esperen —dijo bruscamente Jason. Se detuvo, señalando un punto del cementerio que destacaba de todos los otros—. ¿Qué lugar es ése, exactamente?

—Ya lo ve, señor —dijo el cabo Holborn, aprensivo— Un panteón.

—Sí, ya veo. El único panteón de este cementerio. ¿Por qué no hay más?

—Lo ignoro —el policía se encogió de hombros—. ¿Lo sabe usted, padre McKane?

—Sí, claro que lo sé —suspiró el sacerdote—. La familia Cunningham se extinguió toda. Eran solamente un padre y tres hijos. Murieron todos. Padecían una enfermedad familiar, que se transmitía de padres a hijos. Cuando falleció el último, se precintó ese panteón de su propiedad De ello hace ya más de diez años. Lee.

—Diez años… —Jason avanzó hacia la puerta del panteón resquebrajado y medio inclinado a un lado, entre las altas hierbas silvestres del camposanto. Le siguieron los demás, y se detuvieron todos ante la puerta metálica del mismo. Los hierros oxidados aparecían bien sujetos por un candado y una cerradura mohosa. Tras ellos, era visible una polvorienta puerta de vidrios policromos, emplomados. Algunos de ellos aparecían rotos o agrietados.

Pero, ciertamente, aquella cerradura y aquel candado, tenían todas las trazas de llevar diez años sin ser tocados. La hierba crecía abundante entre los barrotes. Nadie había entrado ni salido de allí en todo ese tiempo, parecía obvio.

—Me temo que su idea no resultó, Lee —dijo tristemente McKane, bajando el crucifijo que, instintivamente, había alzado para proteger al grupo de cualquier fuerza de las tinieblas.

—No, padre —negó lentamente Jason—. Por el contrario, puede que sea esto lo que confirme mejor mi idea inicial…

Y señaló las tumbas más próximas, abiertas junto al viejo

panteón familiar.

El padre McKane y los policías miraron en esa dirección curiosamente. Descubrieron la fosa mal arreglada de donde fuera extraído el cuerpo del niño Oliver Atwill, y algo más allá, la del maestro de escuela Peter Wilding.

—Temo no entenderle... —murmuró el sacerdote, desorientado.

—Cabo Holborn, proceda a abrir esta tumba bajo mi responsabilidad —ordenó bruscamente Jason Lee, señalando la puerta del panteón de los Cunningham—. Y hágalo pronto y bien. Es posible que ahí dentro nos aguarde algo demasiado terrible y peligroso. Están todos alerta. También usted, padre...

CAPÍTULO VIII

Bastaron dos disparos, a quemarropa.

Candado y cerradura saltaron en pedazos. Cargaron los policías contra la verja del mausoleo familiar, haciéndola ceder, entre agrios chirridos de metal oxidado.

Luego, Jason cargó contra la puerta vidriera con todo el impulso de su cuerpo. Resistió, haciéndose añicos varios de sus cristales y abombándose. Al segundo intento, ya cuando el cabo Holborn se disponía a pulverizar la cerradura de un nuevo balazo, el joven logró que la vieja madera se astillase, saltando con cerradura y todo, y dejando el paso franco al oscuro, fétido y húmedo interior de la cripta.

—Ahora... cuidado —susurró Jason Lee roncamente—. Es posible que esta clase de vampiros no sea la tradicional... y puedan vivir también de día, sobre todo si les obligan a ello, padre McKane...

El religioso alzó su cruz de plata y murmuró entre dientes palabras de los Evangelios, invocando al poder divino contra las Tinieblas. Los policías, con más sentido práctico, esgrimían sus revólveres amartillados, a la espera de lo que pudiese suceder.

Penetraron todos en la cripta. Jason había dado luz a una lámpara de queroseno que llevaba consigo en previsión de este viaje a las tinieblas. A su claridad, fueron visibles las ratas, huyendo en desbandadas, las telarañas, colgando de muros y techo...

—Lee, me parece que todo sigue igual —musitó el cura—. No es posible que...

Enmudeció, horrorizado, cuando la luz de la lámpara reveló algo más que telarañas, polvo, oscuridad viscosa y ratas amedrentadas.

Esta vez eran los huecos de varias sepulturas, abiertos y en sombras. Y a su pie, fragmentos de mármol y piedra, astillas de féretros, osamentas humanas amontonadas lúgubremente, en desorden absoluto. Vacías cuencas de calaveras les contemplaron desde la eternidad, como reprochándoles su profanación.

O agradeciéndoles su intervención en defensa de su sagrado derecho a reposar eternamente en el lugar elegido para ello.

Porque dentro de los huecos de las sepulturas familiares, vaciados por alguien de la presencia de sus difuntos de quince años atrás... había figuras humanas

Figuras que yacían rígidas, estiradas, sobre la piedra polvorienta,

pero que ahora, a la claridad de la lámpara, a la entrada de los hombres en la cripta, SE MOVIAN lentamente, volviendo a la vida.

—¡Dios del cielo, es horrible! —gritó el padre McKane, alzando su crucifijo en alto, y encarándolo a aquellos rostros macilentos, a aquellos ojos helados, rodeados de cadavéricas sombras, que empezaban a brillar, a emerger de la oscuridad de la cripta, contemplándoles con odio infinito.

—Ahí los tiene, padre —jadeó Lee, trémulo, alzando su lámpara cuanto le fue posible, para destacar las formas humanas en movimiento—. ¡Ahí están los vampiros de Scunthorpe, despertados de su letargo diurno, capaces de moverse y atacar también a la luz del sol! ¡Y capaces de afrontar la presencia de una cruz y la palabra del Señor: porque su vampirismo es científico y no obra del Diablo!

Y ante el horror colectivo de los intrépidos profanadores del mausoleo familiar, niños lívidos, cadáveres vivientes de escasos años de edad, de rostros infantiles pero marcados con la huella del horror viviente, se ponían en pie, avanzando hacia ellos con expresión demoniaca, perversa con unos largos incisivos asomando entre sus labios, ávidos de sangre y de muerte.

La cruz de plata se movía ante ellos, destellando a la claridad de la lámpara. Su presencia les impresionaba en cierto modo, porque Oliver Atwill, porque Aline Standish y Abigail Carter, ángeles convertidos en demonios, gruñían y proferían blasfemias atroces, como si su presencia les hiciera daño. Pero no eran fulminados, como se decía en las viejas tradiciones eslavas que son fulminados y pulverizados los vampiros de Transilvania. En vez de ello se acercaban, atacaban...

Y para mayor espanto de los presentes, allá, en el último rincón que reveló la luz de la lámpara esgrimida por Jason Lee, fueron ahora visibles, acurrucados contra el muro de grisácea piedra, dos cadáveres horriblemente desangrados, blancos y crispados.

Eran los cadáveres de Brenda Mouldar, la bruja, y... Jonathan Fisher, el creador de monstruos.

Ahora, los niños, sólo los niños, venían hacia ellos, con sus incisivos a punto de hincarse en sus carnes. Los policías vacilaban, incapaces de vaciar sus armas en unas criaturas, por muy vampirizadas que estuviesen. Y esa vacilación podía serles funesta a todos.

Pero súbitamente, de una última fosa abierta, de un último hueco mortuorio, reservado a los Cunningham, y expoliado por los seres demoníacos, emergió una cuarta figura. La de una persona adulta, que se movía con rigidez, desorbitados sus ojos en medio de las profundas sombras de aquellas ojeras cadavéricas, y que mirando ardiente, ferozmente a los intrusos, ordenó a los niños:

—¡Matad! ¡Matad, mis criaturas amadas! ¡Destruid a los que vienen a destruiros, y todo esto será vuestro! ¡Extraed hasta la última gota de sangre de esos hombres niños míos! ¡Y seremos los dueños de todo este lugar, del mundo entero! ¡Tenemos por delante toda una vida sin fin, para alcanzar nuestro triunfo! ¡Atacad, destruid...!

Los niños se acercaban más y más. Su presencia helaba la sangre en las venas, impresionaba más que la existencia de cualquier otra clase de adversario. Y parecían obedecer ciegamente la voz de aquel adulto que les movía, que les orientaba, que les ordenaba seguir destruyendo...

El padre McKane, sin dar crédito a sus ojos, contempló al vampiro adulto y gritó, con voz descompuesta:

—Cielos, no es posible... ¡No es posible...! Ese hombre... ¡ESE HOMBRE ES... EL MAESTRO DE ESCUELA, EL DIFUNTO PETER WILDING!

—Lo imaginaba —suspiró Jason Lee—. Lo imaginaba, padre... ¡Cabo Holborn, dispare contra ese hombre! ¡Dispare contra él, pronto! ¡A su cabeza, a su corazón, sin piedad!

El cabo tenía ya sobre él a uno de los niños, que iba a clavar sus dientes en su muñeca zurda. Los otros policías se sentían también acosados por los infantiles vampiros.

Entonces, el cabo Holborn tuvo fuerzas para obedecer la voz de Jason. Apretó el gatillo de su revólver. Hizo un disparo, dos, tres...

Fue suficiente.

Se desplomó, con el cráneo destrozado, con una bala atravesando su corazón. El mito del vampiro había funcionado esta vez de diferente manera. El cadáver del maestro Peter Wilding reposaba ahora realmente sin vida, acurrucado contra un ángulo del panteón familiar. No se movía. Jason estuvo seguro de que ya no se movería nunca.

—El experimento de Jonathan Fisher era un fracaso, después de todo —murmuró cansadamente—. La vida no era eterna. Bastaba una muerte violenta, para que el efecto de su suero terminase bruscamente. Él tampoco consiguió la verdadera inmortalidad del hombre, padre McKane...

El sacerdote, con una mezcla de horror y asombro, se persignó. Luego, perplejo, señaló a los niños.

—Mire, Lee... —susurró—. No se mueven ya.

Era cierto. 1-os tres vampiros infantiles no se movían. Era como si algo fallase en su interior, como si a tres marionetas les hubieran dejado sin las manos que los movían.

Oliver Atwill se derrumbó, tomando un color ceniciento su rostro, de modo paulatino. Huellas de descomposición interior, asomaron a su epidermis. Los ojos se empezaron a hacer repulsivos. Si

disolvían. Se pudrían. Un hedor insoportable escapó de su cuerpo.

Y del de Peter Wilding, que también tomaba un aspecto feo, repugnante.

—Después de todo, padre McKane... usted tenía razón —musitó Jason, horrorizado—. No todo era obra del hombre, a fin de cuentas. Algo más siniestro, menos tangible, se mezclaba en ello. Aline y Abigail no están muertas. Sólo en trance, sometidas a ese maldito suero, dominadas por un poder diabólico... El poder era el del maestro Wilding, y ése va no existe. Wilding era el vehículo, el siervo de las Tinieblas. Padre, a fin de cuentas, no todo se reducía a un hallazgo científico. Detrás de ello... estaba el Diablo. No podremos probarlo nunca. Nunca lo sabremos a ciencia cierta, pero... usted lo sabía. Lo supo siempre...

El sacerdote asintió, la mirada fija en los cuerpos sin vida que empezaban a pudrirse ante sus ojos, roto el influjo maligno. Los cadáveres de Brenda Mouldar y Jonathan Fisher, sin embargo, permanecían intactos.

—Ellos murieron recientemente después de todo —señaló Lee al cabo Holborn—. Esta misma noche debieron atacarles y asesinarles Peter Wilding y sus niños vampirizados...

Luego, él y el padre McKane llegaron a tiempo de tomar en sus brazos a Aline Standish y a Abigail Carter, cuando ambas niñas se desplomaron, desvanecidas. —Vamos ya de aquí, padre —murmuró Jason, tomando en sus brazos a Aline, la hermana de Pamela—. Creo que va siendo hora de devolver estas criaturas a sus familias.

—¿Cree que hemos logrado... recuperarlas?

—Sí —asintió el joven—. Creo que sí. Lo que hace falta es que se haya borrado todo esto de su memoria para siempre...

CAPÍTULO IX

—Para siempre, sí. Se ha borrado de su memoria. Lee. No recuerdan nada. No saben nada. Nunca lo recordarán. Es como si no hubieran vivido todo ese tiempo. Estuvieron sometidas a un influjo extraño, ajeno a ellas...

—Hipnotizadas, doctor —asintió Jason lentamente.

—¿Hipnotizadas? —se volvió la señora Standish hacia él, dominando su emoción.

—Sí, señora. Aline y Abigail no habían llegado a sufrir la experiencia del suero venenoso de Jonathan Fisher. No hacía falta. El poder hipnótico de Peter Wilding era suficiente para someterlas a su capricho. Lo hizo en vida... y seguía haciéndolo en su condición de No-Muerto.

—¿Era realmente... un No-Muerto, un vampiro?

—Si. Peter Wilding era, realmente, un éxito del experimento de Jonathan Fisher. Pero no por voluntad de Fisher, sino por propio impulso. Ahora sabemos que Peter Wilding era un discípulo de Satanás. Había participado en misas negras, aquelarres y actos de satanismo, antes de llegar a conocimiento de las experiencias fascinantes y terribles del desquiciado Jonathan Fisher. Entonces resolvió utilizar esos hallazgos en beneficio de su gran sueño de siempre, servir a Satanás eternamente, ser un vasallo fiel del Adversario. Convertirse en vampiro, en un No-Muerto, colmaba todas sus negras ambiciones.

—¿Quién hubiera imaginado tal cosa? —gimió el alcalde Simmons—. Un hombre tan apacible, tan cordial y amable con todos, tan insignificante en apariencia...

—Y, sin embargo, les había dado a todos sobradas pruebas de su astucia c inteligencia, sin que nadie se diera cuenta de ello.

—¿Usted cree? —dudó el jefe de policía.

—Estoy seguro de ello. Me sorprendió que Fisher le calificara de patán e ignorante, y los niños de maestro vulgar y torpe, cuando había demostrado mucha astucia y sentido común al advertir al padre McKane de que los niños se ausentaban de su colegio para prácticas morbosas que le inquietaban. Un hombre tan lerdo, nunca hubiera llegado tan lejos en sus deducciones. Por otro lado, contó a alguien que expulsó a Fisher de las vecindades de su colegio, porque le vio

rondando a los niños, especialmente a las niñas, con cierto aire de morbo sexual. Conocí a Fisher, y eso era absolutamente incierto. Ni se preocupaba por los problemas de sexo. Era un fanático de su obsesión demencial por obtener una inmortalidad diabólica. Acaso frecuentaba la escuela, sí, pero no era por los niños, en quienes sin duda jamás pensó para su experimento, sino porque, realmente, hubo días en que tuvo amistad con el maestro Wilding. Este, incluso, había visitado su casa y su laboratorio, como se desprendía de sus explicaciones cuando yo le visité. Y Wilding, haciendo siempre su papel de ignorante incrédulo, logró robar a Fisher uno dosis de su veneno, químicamente tratado, y que, por desgracia, resultó positivo. Así se inoculó el propio Wilding el virus de su vampirismo, y así lo inoculó al niño Oliver Atwill, volviendo de la tumba.

—Pero ¿por qué mató a Fisher y a la Mouldar? —se interesó el juez Hoggarty—. Y, sobre todo, ¿cómo pudo ocultarse con sus criaturas vampirizadas en un panteón herméticamente cerrado?

—Todo tiene fácil explicación. Tras ser yo presuntamente vampirizado por Fisher, Wilding volvió a la vieja casa por pasadizos secretos que, al comunicarse con subterráneos de la zona, tenían acceso al subsuelo del viejo cementerio. De ahí que la tierra del recinto funerario fuese tan blanda que cediera, inclinándose o hundiéndose las cruces y lápidas. Debajo, el subsuelo estaba virtualmente hueco. Por esos pasadizos en la tierra, acaso residuo de viejas fortificaciones medievales en la región, iba y venía Wilding a la casona, y así debió obtener el suero maldito. Anoche, sorprendido por Fisher, que sin duda celebraba con la vieja Mouldar su nuevo y presunto triunfo en mi persona, tuvo que atacarles, destruyendo a ambos. Wilding sí era un vampiro, ahora lo sabemos. En vida, fue un siervo del diablo, que trató de hipnotizar a las niñas y niños más sensibles de la escuela, para sus nefastos designios, lográndolo enteramente. El nexo diabólico que le unía a Oliver Atwill, muerto y vampirizado por el mismo método, y el nexo hipnótico, puramente mental, que le unía a las dos niñas, dócil instrumento en sus manos, se quebró al ser definitivamente muerto a tiros. Las balas que destrozaron su cráneo, le impidieron seguir con vida. Eso indica que, incluso los vampiros, al menos los que creó la ciencia de Fisher, pueden morir cuando su cerebro se destruye. Y en ese momento, Oliver pasó a ser lo que era simplemente: un cadáver. Y las dos niñas, liberadas de su poder mental, dos simples criaturas inofensivas.

—¿Continuarán siéndolo siempre? —era temerosa la voz de Pamela Standish.

—Continuarán, sí —afirmó el doctor Baxter. Y el padre McKane corroboró con la cabeza—. Física y mentalmente, ya no existe en ellas el menor recuerdo de lo sucedido. Despertarán creyendo haber pasado

una larga enfermedad. Eso es lo que se ha dicho a todo el pueblo, y lo que sólo nosotros, los aquí reunidos sabemos. Hemos jurado callarlo siempre, para que las niñas jamás sientan complejo alguno por la horrible experiencia vivida. Señora Standish, como Jason le dijo una vez, ha recuperado a su hija.

—Yo siempre tuve esperanzas —sonrió Lee—. Ahora, olvidemos toda esta terrorífica historia… si nos es posible.

—Será lo mejor para todos —asintió el juez Hoggarty—. Yo voy a redactar un informe oficial que resulte plausible, y todo resucito. Adiós, señora Standish… Adiós, Pamela. Celebro que todo terminase bien…

Salieron todos, menos Jason Lee. Este miró sonriente a Pamela Standish.

—Y ahora. Pam… ¿crees que podrás ser buena amiga de un maestro de escuela de pueblo que ha pasado por el feo trance de estar a punto de ser un vampiro… y que visitó durante unas horas el reino de las sombras?

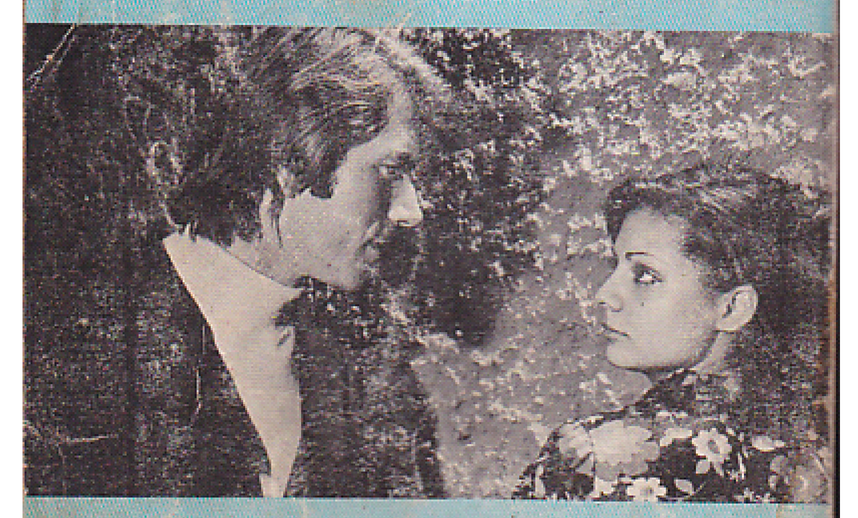
Pam sonrió, acercándose a él. Tomó sus manos con calor y le miró fijamente al fondo de los ojos.

—Oh, Jason… —murmuró—. Sabes que todos tenemos que olvidar. Absolutamente todos. Incluso tú y yo… Olvidar todo aquello que sea ingrato. Y pensar sólo en el presente… y en el futuro. En nuestro futuro, Jason. Y gracias por todo…

—Olvida eso también —rió él—. Pensemos en nosotros. Y en nuestro futuro, Pam…

F I N

¡LOS HOMBRES SOLO VEÍAN EN ELLA A LA MUJER DESEABLE! ¡LORENA DEFENDÍA SU VIRTUD, PERO A LA VEZ ANSIABA SER AMADA! ¡TODO SU CUERPO PEDÍA AMOR!



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.